

LUCÍA ZIGZAG

**LOS
GATOS NEGROS
DE
LONDRES**

Nova Casa Editorial



Sobre cómo la suciedad también puede resultar poética.

Gracias a Alejandra por sus dosis de empirismo. Gracias a Iara, a Álvaro y a Alf por el apoyo incondicional.

En honor a Charles Bukowski.

Si quieres escribir sobre seres humanos, ten un gato en casa.
Aldous Huxley



ÍNDICE

1. Los rincones para los gatos y las esquinas para los guapos	11
2. Cambiar perro por gato nunca sale barato	33
3. Gato gordo honra su casa	55
4. Quien nunca ha visto una pantera, ve un gato y sale en carrera	71
5. Presa que robó el gato...	89
6. ...No vuelve jamás al plato	115
7. La curiosidad mató al gato	137
8. Con curas y gatos, pocos tratos	163
9. De algo se tiene que morir, dijo el gato cuando se enamoró por séptima vez	179
10. El perro es de su amo... y de la casa, el gato	195
11. Mucho sabe el ratón, pero más sabe el gato	217
12. El trato engendra amistad entre el perro y el gato	231
13. Aquí hay gato encerrado	251
14. Gato enfadado, araña hasta con el rabo	263
15. Patrón, mujer y gato: tres animales ingratos	285
16. Siete vidas tiene el gato	303
17. Gatos y mujeres, buenas uñas tienen	317
18. Quien más tira, se lleva el gato al agua	339
19. De noche todos los gatos son negros	357
20. Cuando el gato está ausente, los ratones juegan	373
21. Gato con guantes no caza ratones	387
22. Gato con guantes no caza, pero amenaza	409
23. Y ahora... ¿Quién le pone el cascabel al gato?	433
EPÍLOGO. Por un gato que maté, me llamaron matagatos	445



CAPÍTULO I

Los rincones para los gatos y las esquinas para los guapos

«Joder, qué belleza. Qué pulcritud. Qué perezosas y azarasas pinceladas, que parecen ser hechas por una mano meciéndose al son de una música caprichosa y que, sin embargo, no pueden producir un mejor resultado que este. Algunos trazos son más gruesos, más potentes, como si Velázquez hubiera sangrado aquella porción de pintura y la hubiera extendido allí precisamente para que yo me fijara en ella, cuatro siglos después.

Con razón *La Venus del espejo* es la mayor joya del museo. ¡Qué innegable perfección! ¡Qué irrepetibles plumazos de sensaciones! ¡Qué ganas de ponerme a sangrar yo también sobre un lienzo!

Una amiga me dijo una vez que la inspiración es como un orgasmo: entra, lo devasta todo a su paso y sale por la puerta de atrás, dejándote tembloroso y vulnerable como un cordero. Creo que tiene razón. Creo que en este instante podría derribarme hasta la más minúscula gota de lluvia.

Y es tan real, tan expresiva, cada línea. Incluso aquellas fugaces que indican que el pintor se ha equivocado y que lo ha

intentado corregir, que no le ha importado que el resultado sea visible a ojos de otro artista... Me veo reflejado en él, en el espejo de la Venus, en los pliegues de la cama, en los brillos de la cadera del ángel. Y siento que la admiración que le profeso es tan celosa que solo se la quiero profesar yo. Que lo quiero para mí y que nadie más lo vea».

—Eh, muchacho. Vamos a cerrar el museo. Diríjete hacia la salida, por favor.

El guardia interrumpió mi ensoñación con voz cansada; la de un trabajador que no deja de mirar el reloj en los últimos cinco minutos de jornada.

Pero yo no tenía prisa. Ni ganas de cambiar este paraíso pictórico por una habitación con las paredes llenas de manchas. Así que paseé hacia la salida por el camino más largo, intentando prolongar esta muerte tan viva que me llevaba por los entramados de la National Gallery y que me honraba con la presencia de obras como *Los girasoles* de Van Gogh. Al pasar a su lado me asaltó un irremediable deseo de tocarlos y comprobar si eran tan rugosos como querían parecer, pero el guardia me seguía de cerca y me vi obligado a contenerme.

Y es que el arte no se puede palpar. Los bien-vestidos con dinero creen que la belleza solo se admira detrás de un cordel de terciopelo, que no hay modo de disfrutar un cuadro utilizando solo las yemas de los dedos.

De repente, algo perturbó la secuencia mental a la que estaba acostumbrado: un horrible espacio en blanco allí donde siempre había estado el *Santa Margarita* de Zurbarán. Fue tal la fuerza del interrogante que no pude evitar detener mis pasos para ver por qué habían trasladado el cuadro. En el centro del marco vacío había una pequeña inscripción provisional: *Napoleón cruzando los Alpes*, de Jacques-Louis David, colección del Palacio de Versailles. Exposición temporal: 13 de noviembre.

¿Qué era eso que retumbaba como unos altavoces conectados a unas vías de tren? Palpé con cuidado, como hubiera hecho con los girasoles, pero por encima de mi camiseta, y sentí las vibraciones del corazón al pensar que dentro de unos días tendría a mi merced una joya más que atesorar. Un cuadro único e insólito procedente del gran David y que yo, por mi baja posición económica, solo podría ver en Londres gracias a los intercambios que hacía la National Gallery con otros museos. A veces pensaba que tenía síndrome de Stendhal, esa extraña afección de la que no ha oído hablar nadie en su puta vida y que consiste en sentir vértigos y taquicardia cuando te rodeas de obras de arte. Pero al final llegaba a la conclusión de que no, de que lo que realmente quería era tenerla.

Para que luego digan que los jóvenes de veinte años no tenemos cultura, que solo pensamos en beber y follar. Yo, que en ese instante debería estar moviendo mis hilos para conseguir unas libras y que, en lugar de eso, me había vuelto a pasar el día encerrado en ese paraíso personal. Menos mal que era gratis; había escuchado que en otros países existían buitres que cobraban por entrar a los museos. No sé ni cómo se las arreglaban para ponerle precio al arte.

¿Pero cómo no caer en sus redes? Los paraísos están ahí para ser ansiados, amados en silencio. Y cuando nos damos cuenta de que a veces no quedan tan lejos como pensamos, podemos volvernos locos.

Finalmente llegué al exterior grisáceo de Londres, cuyo aire fresco y cargado indicaba que había llovido hacía algunos minutos. Trafalgar Square pretendía confundirme con su suelo espejado y su viento descolorido. Nelson se encaramaba a su columna de piedra como un felino, viéndome marchar hacia el metro que me llevaba a casa.

No pasó mucho tiempo antes de darme cuenta de que un coche me estaba siguiendo. Mantuve la calma con indiferen-

cia. «Tranquilízate, chico, que seguro que son imaginaciones tuyas y el coche lleva esa ridícula velocidad porque va a frenar en el semáforo». Pero no, era absurdamente obvio que me estaba siguiendo. De hecho, no tardó en pararse a mi lado después de dos patéticos minutos en los que el conductor y yo sabíamos que nos estábamos vigilando el uno al otro.

—Eh... ¡Yo te conozco! —exclamó un hombre de cuarenta años bajando la ventanilla. Tenía los ojos ocultos por unas gafas negras, lo que me impidió olisquear sus intenciones, como solía hacer cuando me relacionaba con desconocidos.

—Lo dudo.

—¡Vaya que no! Tú eres Hayden Rothem, el ciervo que trabaja para el Leviathan. He robado a un borracho tu nombre verdadero; lo reconozco.

Desvié la vista con resignación, aunque sin dar a aquel cerdo alguna pista de tener razón. No lo recordaba, pero si lo había conocido en las entrañas del Leviathan casi prefería no acordarme.

El Leviathan era un *pub* nocturno del Soho, el barrio más sórdido y polémico de Londres por sus tendencias eróticas y homosexuales. Famoso para los turistas por alojar el Chinatown inglés; famoso para los paisanos por proveerles de largas noches de juerga. Con su inocente fachada, atraía a todos los canijos que acababan de cumplir dieciocho a un precio que no les hiciera ir a lloriquear a sus padres demasiado a menudo, ofreciendo discoteca y frenesí de roces hasta altas horas de la madrugada. En su cara oscura y para los más atrevidos, aquel local era un hervidero de sexo y drogas de todo tipo; un enorme perro sujeto bajo la correa de una mujer con carácter llamada Leona Walker. Leona tenía un olfato experto en negocios y un talento natural para alquilar reservados, poniendo a merced del cliente una amplia gama de botellas, cuatro horas de olvido y una mascota que le calentara la cama. Si además

querían alguna sustancia que les alterase el cerebro tendrían que buscársela por su cuenta, aunque no era una tarea muy difícil sabiendo que el propio local cobijaba a camellos de todos los pelajes.

—¿Qué hacías a estas horas en el museo? ¿Algún trabajito para los guardias en el cuarto de la limpieza?

El denigrante tono de voz y su posterior carcajada me produjeron ganas de meterle una patada en la boca, pero pensándolo bien, su idea no era tan descabellada como sonaba. Y eso me dolía. «Tranquilízate, Hayden. Reúne los trozos de dignidad que te quedan y dile fríamente que...»:

—No es de su incumbencia. ¿Quería algo o me marchó?

—Hasta hace un momento no, pero me has puesto como un caballo en cuanto te he reconocido. Eres uno de los *underdogs* de Leona, ¿verdad?

—Soy Gato Negro —confirmé, sin saber por qué lo había dicho con trazas de orgullo.

—¡Estaba seguro de ello! Dime, ciervo... ¿cuánto cuesta un completo?

—Noventa libras —indiqué, con una expresión neutral que maquillaba mi derrota—. Y no lo hago en coches.

—Espera. ¿No eres más que un crío y cobras más que tres putas de mi barrio?

—Tengo un seguro y un lugar para hacerlo. Leona proporciona a los clientes profesionalidad, privacidad y un protocolo impecable de higiene con sus trabajadores... pero, sobre todo, un servicio en el que confiar. Con nosotros no se encontrará chinches en el colchón ni una oreja debajo de la cama. Y eso tiene un precio. Sé que el mercado lo marca, pero cuando el mercado es tan amplio como este, el precio se lo pone uno mismo. Lo toma o lo deja. —Omití la parte en la que aclaraba que un muchacho rozando la mayoría de edad valía más que

todas las viejas putas de una calle, y más si ese muchacho sabía hacer las mismas peripecias que ellas. Calidad atestiguada por decenas de hombres y mujeres; la única prueba del algodón en la que te alegrabas si el algodón salía sucio.

Y como el tiempo sí que vale más de noventa libras, giré sobre mis talones para proseguir mi camino. Pero el tío dio un acelerón para ponerse a mi lado de nuevo; apestaba a desesperación.

—Eh, espera, espera, ciervo. No puedes dejarme como estoy ahora.

—Técnicamente sí puedo, si no hay dinero de por medio —contesté con desdén.

—¡Ah! Pero sí lo hay, sí lo hay. Venga, solo alíviame este problemilla, solo eso. Tampoco puedo quedarme más. Mi mujer... —pareció envenenarse con la verdad de sus propias palabras—, mi mujer me espera en casa haciendo la cena. Se preocupará si tardo mucho.

—Entonces son treinta libras, y repito que no lo hago en coches. En el Leviathan hay habitaciones para...

—¡No tengo tiempo para ir allí, joder! Venga, ciervo, sé bueno. Te doy cuarenta y lo acabas aquí y ahora. —Al ver mi expresión dubitativa añadió—: Que no voy a raptarte, hombre... Ya tengo cuatro bocas que alimentar. ¿Para qué quiero otra?

Hipnotizado por los billetes que me mostraba por la ventanilla, terminé por suspirar y entré en el coche por el asiento del copiloto.

Entonces pude observar mejor al hombre: era robusto, atufaba a alcohol barato y la barba le crecía como un jardín de ortigas. Sus grandes ojeras indicaban que probablemente venía de una vida bastante sacrificada por culpa del trabajo, pero aparte de eso no había nada más que pudiera deducir. En parte, porque seguía sin quitarse las gafas.

Su erección saltaba a la vista en todos los sentidos, apretada por los pantalones y luchando por ser liberada cuanto antes. Y como los buenos perros obedecen a sus amos, seguí la dirección que marcaba con su mano, empujándome la nuca hacia su bragueta y obligándome a bajarle la cremallera con los dientes. Tuve que hacer un gran esfuerzo por retener las arcadas que encogían mi garganta, ahora en contacto con el pedazo de carne. Era caliente y palpitante como una cría de rata.

Jamás superaría el hecho de ser usado como un trapo viejo, y ningún humano que habite en este orondo planeta debería hacerlo. ¿Quién no odiaría los trapos viejos después de esto? Decidí proyectar mi mente hacia la hermosa Venus de Velázquez para no vomitarle allí mismo.

Qué hermosa era la musa, repantingada en su cama de lino y haciendo gala de una desnudez digna de la observación de un ángel. Así, mirándose en el espejo con expresión coqueta y disfrutando de una inocencia y una pulcritud que tanto diferían de la erótica que yo conocía; tan distinta a mi mundo. Quizás por eso la admiraba. Esa habilidad que tiene el ser humano de querer aquello que no posee.

Y tras unos gruñidos más propios de un cerdo que de un hombre, el desconocido exprimíó la rata antes de permitirme respirar, mientras los girasoles de Van Gogh y el autorretrato de Rembrandt me mantenían cuerdo y ausente de esta putrefacta realidad. No podía escaparme de un acto que había sido tan bien pagado, así que hice lo mejor que sabía hacer: darle un hachazo a la realidad y evadirme con semblante indiferente. Ojalá me pudiera comportar como un trapo viejo en ese momento. ¡Privilegiados trapos viejos, que no pueden sentir nada!

Después tuve que aguantar los elogios y groserías durante el tiempo que escupía en la acera y me enjuagaba la boca con

agua, apresurándome a coger los billetes para irme a casa. Cuando el hombre se inclinó sobre mí para darme un beso de despedida, aparté la cara con frivolidad, dejando claro que el dinero había quebrantado la distancia por unos minutos y solo por esos minutos.

—¿Dónde puedo encontrarte la próxima vez, ciervo? —inquirió el desconocido, con expresión depravada, desde la ventanilla.

Así eran siempre mis relaciones: yo un famoso por el que todos preguntaban, perteneciendo temporalmente a personas sin rostro de las que no había oído hablar en mi vida. Al final no era muy distinto de un cuadro que admirar en un museo, aunque algún pobre resquicio de pensamiento todavía me intentaba convencer de que... ¡eh, Hayden! ¡Aquí nadie es mercancía! Pero casi era mejor serlo y dejar de martirizarme con la pregunta, que la mercancía no tiene por qué preguntarse nada.

Sin decir palabra, le tendí una tarjeta con un gato negro dibujado y un par de números de teléfono. Acto seguido me largué de allí.

Aquel había sido un día de suerte, aunque mi expresión vacía reflejara todo lo contrario. Tenía cuarenta libras más en el bolsillo y solo me quedaba decidir a qué destinarlas.

Cada libra ganada bajo el apodo de Gato Negro debía ser declarada a Leona, la cual se quedaba un ochenta por ciento de las ganancias y a cambio, te proporcionaba un lugar donde dormir y comida caliente. Esto había convertido a Leona en una importante rescatadora de jóvenes gatos callejeros, a los que llamaba *underdogs*, siempre que fueran menores de veinticinco años y estuvieran sanos. No aceptaba otro tipo de categoría, y esta exigencia había convertido al Leviathan en uno de los *pubs* preferidos por personas que buscaban compañía. ¿Proxenetismo? No. Ella prefería llamarlo «golpe de

Estado al amor». Lo único que debías hacer para permanecer en su barco era aportarle unas ganancias mínimas mensuales y fingir un carácter dócil.

Gato Negro no tenía ningún problema en alcanzar esos factores cada mes, y aunque podías obtener ciertos privilegios en el Leviathan si eras más rentable que el resto, la mayoría de sus trabajadores preferían quedarse los excedentes a escondidas de Leona. Eso se traducía en más droga, comida y alcohol de la que te ofrecía normalmente el *pub*.

Pero yo no solo vivía del Leviathan: lo que me diferenciaba del resto era el talento que tenía para pintar y, aún más importante, para sacar dinero de ello. Era un maestro. No es por echarme flores, pero mi habilidad variaba desde hacer falsificaciones de cuadros medianamente famosos a dibujar retratos para vendérselos a los guiris. Así que trabajaba a dos niveles: en el primero luchando porque nadie supiera mi nombre y en el segundo luchando porque todo el mundo lograra aprenderse. Desde hacía tres años, viejos historiadores corruptos y ratoneadores de piezas de arte venían a preguntar por mí, me enseñaban una foto de la pintura que querían copiar y volvían a buscarme al cabo de un tiempo. Yo les entregaba la falsificación y ellos me pagaban un dinero que no equivalía, ni por asomo, a la obra original que supuestamente vendían. Yo era el eslabón menor de la cadena, el niño tailandés que cose zapatillas en el sótano de una multinacional. Así cubrían el riesgo de que la falsificación se topara con un comprador demasiado entendido en el tema y les pillaran. Si eso sucedía yo no quería saber nada. Eran tratos esporádicos que solo sucedían un par de veces al año, pero sabía que hacía un buen trabajo, porque alguno de mis contactos había llegado a repetir.

Hacer obras callejeras y encargos temporales consumía mi dinero igual que me lo daba, pero por desgracia no siempre ocurría al mismo tiempo. Los materiales para falsificar no eran precisamente baratos. Evitando este tipo de altibajos,

me consideraba orgullosamente dueño del suelo de Trafalgar Square y demás grandes lienzos, aunque no siempre merecía la pena el esfuerzo por la recompensa. Y, además, mendigar se me daba bastante bien. ¿Quién no le daría dinero a un chico de veinte años que se había visto en la necesidad de prostituirse cuando sus padres le habían echado de casa? Lo más triste era que pudiera mendigar con mi historia verdadera, pero ya estaba acostumbrado a sacar provecho de una situación tan deprimente como la mía. Era el único lado positivo, porque hay que recordar que todas las mierdas tienen una zona con menos moscas.

Así que Gato Negro era nocturno, eficaz, silencioso, frío con cualquiera y fogoso con quien pagara, todo un superviviente de los ambientes subidos de tono y llenos de humo. Hayden Rothem, por el contrario, era diurno, dormilón, inteligente y seducido por la pintura. Un tipo distante y atrevido que descansaba de día para poder dar la talla durante la noche.

Bajé las escaleras que conducían al Underground de Westminster, pasando el bono obedientemente y topándome con la marabunta de gente que venía de la National Gallery. Aquí no se lleva eso de saltarse el control de billetes, porque las multas salen a cien libras y un juicio. El tren llegó enseguida. «*Mind the gap between the train and the platform*», vociferaba un megáfono muy femenino. El vagón apestaba a sobaco de negro; me asqueaba ser consciente de que estaba respirando sudor. El ambiente de silencio y pesadez me dio la idea de ponerme a pedir dinero allí mismo, a todos esos trabajadores y ancianos que volvían a casa con los monederos llenos después de un duro viernes.

—Señores, por favor... Soy huérfano desde los seis años, vivo en la calle, mi abuela está muy enferma y no puedo pagar un billete de avión para Gales. Si fueran tan amables de ayudarme... —gimoteé con voz lastimosa e hipócrita, paseándome por el vagón con cara de cachorro al que acaban de pisarle una pata.

Tantos años de práctica me habían enseñado que algunas historias para mendigar funcionaban mejor que otras, que dependían del aspecto que llevara en ese momento y del tipo de gente que me estuviera escuchando. No era aconsejable pedir en el mismo sitio demasiadas veces, porque siempre había algún tocahuevos que te reconocía y acababa por llamarte farsante o gandul a voz en grito.

—Toma, cariño. Que tengas mucha suerte —me susurró una mujer al tiempo que me tendía un billete de cinco libras.

Algunos hombres y ancianas cayeron en la treta también, proporcionándome unas diez libras en monedas sueltas, pero se me acabó el chollo en cuanto uno de los guardias de la estación de Victoria subió al tren.

—¡Mira, tú! Conque vives en la calle desde los seis años pero tienes dinero para pagarte la Travelcard que tienes en la mano, ¿eh? —vociferó el guardia, acercándose a mí y haciendo ademán de cogerme del brazo. Por suerte logré escabullirme del vagón antes de que se cerraran las puertas, dejando al policía dentro agitando las manos tras el cristal.

—¡Maldito yonqui de mierda! ¡Que no vuelva a verte por aquí pidiendo! —La voz desapareció por el túnel. Metí las manos en los bolsillos y salí de la estación con tranquilidad, pero tenía la mirada de la señora que me dio el billete clavada en mi subconsciente.

Últimamente Londres estaba a rebosar de guardias, pues formaba parte de la política pro-turismo ideada por el Ministerio. Si fuera por ellos nos dejarían seguir campando a nuestras anchas mientras les sacábamos el dinero a los viajeros, pero aquel nuevo modelo de pulcritud que se había puesto tan de moda en la Unión Europea les obligaba a vigilar las zonas más famosas de la ciudad con el fin de limpiar su imagen. Y eso se traducía en esconder a todos los mendigos y prostitutas de los ojos extranjeros. Vamos, era como meter la suciedad debajo de la alfombra.

Repentinamente desviado de mi destino y sin poder aparecer en Victoria por un tiempo, modifiqué mi ruta y cogí un segundo tren en esa misma línea para ir a Highbury & Islington. El viaje transcurrió tranquilo y sin altercados, teniendo la opción de mendigar otra vez a aquella gente distinta, pero sin hacerlo por pura pereza y decaimiento. Al llegar a la estación volví a cambiarme de tren hacia mi meta final: Hackney.

Hackney era uno de los barrios interiores más conflictivos de Londres. Mezclaba lo antiguo y lo moderno en un crisol multiétnico, donde los prejuicios culturales quedaban olvidados en el cajón junto con el prototipo de inglés estirado tomando el té a las cuatro de la tarde. Pero esto no siempre resultaba tan sublime como parecía. Los hispanos tenían disputas con los indios; los indios tenían disputas con los musulmanes; los musulmanes con los chinos y, por último, todos con todos. El fenómeno *open-mind* acogía cualquier estilo igual que refugiaba cualquier tipo de atrocidad en las zonas más oscuras de Londres. Lugares como esos solo eran frecuentados por ratas, y si un ratón blanco se atrevía a internarse allí podían pasarle dos cosas: que fuera devorado o que se convirtiera en otra rata más.

No me malinterpretéis. Londres es de las ciudades más seguras que hay, pero toda habitación blanca tiene rincones de polvo. Puede decirse que incluso los crímenes que se cometen aquí son más elegantes y limpios que los de otras ciudades del mundo, casi igual que las palomas. Las palomas londinenses, ahí donde las veías comiendo mierda del suelo, parecían tener más modales que los pajarracos que hay en otros lugares. O al menos no les faltaban tantos dedos.

El resto del camino pasó casi sin darme cuenta, como si alguna fuerza divina me extrapolara de la existencia y guiara mis pasos automáticamente. Y aun así me encontré frente a la puerta desgastada del portal, con la sensación de haberme teletransportado y un vago recuerdo de las aceras llenas de

chicles que demostraban que no era así. Tan distinto al suelo impoluto que había bajo la London Eye.

—¿Sí? —espetó una voz enlatada desde el telefonillo.

—Abre, River. No tengo llaves —contesté por la rejilla.

La puerta se abrió con un sonido metálico, poniendo todo mi empeño en empujarla para vencer las bisagras oxidadas. Como el ascensor no funcionaba, me tocó subir por las escaleras de aquel destartado y grisáceo apartamento de alquiler. Nueve pisos. Tan distinto a los pisos victorianos que había en el centro de Londres.

Todos los *underdogs* teníamos un hueco para vivir dentro del Leviathan, y esa era una de las cosas que llevaba a los jóvenes sin hogar a aceptar la proposición de Leona. Pero durábamos poco, porque en cuanto acumulábamos un poco de dinero y estatus dentro del *pub*, podíamos permitirnos vivir de alquiler con más *underdogs*. Y en realidad lo preferíamos. Estar alejado del Leviathan durante unas cuantas horas era, a la larga, bastante liberador psicológicamente. Y si no tenías pasta suficiente para alquilar una habitación, siempre podías hacer como otros *underdogs* y largarte a vivir a un local okupado. Todo con tal de tener tu propio espacio, y tenerlo lejos del Leviathan.

La vivienda no estaba mal dentro de lo que cabía: el suelo de madera estaba renegrido por la humedad y se quejaba a cada paso que dábamos, pero evitaba que se te congelaran los pies en invierno. La silicona sucia del fregadero competía con la mugre del frigorífico, runruneante a todas horas del día, y una bombilla escuchimizada salía de un agujero del techo igual que un topo ingenioso. También había unas buenas ventanas que nos ayudaban a respirar. Porque eso era lo que nos hacía falta: respirar. Incluso el bajo estaba ocupado por más *underdogs*.

Con la lengua fuera llegué al noveno piso, mientras River salía a recibirme. Era de baja estatura y tenía el pelo revuel-

to, con el cuerpo desgarrado y los pies descalzos y negros. Se sostenía sobre una pierna mientras se rascaba la pantorrilla con la otra. Lo único que le salvaba un poco eran sus ojos profundamente azules. Tan distinto a los jóvenes ingleses que estudiaban en la Universidad de Oxford. Pero por aquellos ojos azules uno podía olvidarse de todo lo demás, y esa era la ventaja que tenía como *underdog* de Leona.

—¡Hayden! La próxima vez haz el favor de llevarte las llaves, joder, que casi me mato por el pasillo. Y eso que soy el que mejor va de los cinco.

Sus ojos de zafiro estaban impregnados de un enfermizo color rojo, pero realmente fue el golpe de olor que recibí nada más entrar el que me confirmó que todos en la casa estaban colocados.

—Qué pronto habéis empezado esta vez. No son ni las diez.

—Buah, buah. No veas qué buen ojo tiene Cherry para el género. Creo que vamos a mandarle a él todas las veces.

Un enorme chucho de pelo desgreñado llegó hasta mí, con aquella alegría perpetua que tenía cosida a sus entrañas. Kaiser emitió un único ladrido como intento de comunicación y se balanceó entre mis piernas hasta que le saludé con una caricia. Tan distinto a aquellos perros de pelaje lustroso y correa corta que paseaban junto al Big Ben.

Agarrando a River del brazo para que no se marease, le dirigí por el pasillo hacia la habitación de la cual se estaba escapando una nube de humo blanquecina. La visión de aquellas personas tiradas por el suelo y sumidas en un profundo trance me provocó una sensación de desagrado que no supe exteriorizar por estar demasiado acostumbrado a ella.

Los presentes tenían edades de dieciséis a treinta años y todos eran *underdogs* de Leona: segundones, perdedores, fracasados y derrotados de la vida; bellezas echadas a perder por circunstancias demasiado violentas. Al más alejado le lla-

maban Bengala, un gigantesco nigeriano de piel tostada que permanecía encogido con claros síntomas de mareo. Dean estaba apoyado en una esquina y con la vista perdida hacia la ventana; todo un veterano en el Leviathan bajo el apodo de Tigre y uno de los pocos treintañeros que Leona había conservado. A la derecha estaba el propio Cherry, el extraordinario sexópata de dieciséis años que había cogido tanto cariño a su apodo que se había olvidado de su nombre verdadero. Liu moría bocabajo, pegado a la puerta, pero el pelo negro y el brazo cubierto de tatuajes le hacían inconfundible. El muchacho de origen asiático había llegado al Leviathan con veintiún años y se había ganado el nombre de Dragón debido a su calidez. Cuando quería, claro.

Y por último estaba Eileen, una joven bajita y dulce que tenía un inquietante parecido a Audrey Hepburn y que se apodaba Colibrí en el Leviathan. Se había venido a vivir con nosotros cuando se hizo novia de un *underdog* llamado Perro Mojado, al que aquí todos llamábamos River. Nuestro River.

El olor a marihuana se había vuelto insostenible, por lo que me vi obligado a abrir las ventanas para que se disipara el submarino que habían montado.

—Prueba, Hayden. Mira qué bueno —intervino Eileen, despertando de su letargo y tendiéndome el porro que se asfixiaba entre sus dedos.

Le di un par de caladas, sintiendo el humo inflar mis pulmones y rascar mi garganta de manera agradable. Cuando los músculos empezaron a pesarme como piedras, se lo confirmé y me lo quedé, acercándome a la ventana sin ninguna prisa. El cielo se había oscurecido, borroso, tristón. Tan típico de Londres estuvieras en el lugar en el que estuvieras. Algunas veces el cielo era lo único que podía recordarte que vivías en la misma ciudad que todos esos señores de frac, aunque había cosas que a mí no me daba la gana compartir. Que se quedaran con sus fracs, que yo me quedaba con mi cielo.

El enorme perro entró en la habitación y se dejó caer junto a Liu, apagado y dócil como una oveja. Parecía dispuesto a tragarse el humo con tal de acompañarnos en nuestra velada.

—¿Dónde has estado hoy, Gato? No te hemos visto en el Leviathan.

La voz aniñada solo podía pertenecer a Cherry, el gazapo del grupo.

—Lo siento, tenía una cita.

—¿Con quién? —preguntó sorprendido.

—Con Velázquez. —De repente estallé en carcajadas, como si acabara de decir la cosa más ingeniosa del mundo. Pero Cherry se mantenía serio, así que llegué a la conclusión de que el porro me había vuelto idiota.

—Leona te echará si sigues sin cumplir en el Leviathan. Hoy han preguntado por ti.

—¿Quiénes?

—Clientes.

—Pues que vuelvan otro día.

La principal ventaja de un *underdog* era que si gustabas a los clientes siempre podían guardarse tu nombre y preguntar por ti otras veces, así que si trabajabas bien podías ganarte tus propios fans. Incluso había hombres y mujeres que vivían locamente enamorados de sus jóvenes amantes, repitiendo todas las semanas para hacer realidad alguna fantasía de plástico o para calmar la ansiedad en caso de estar casados. ¡Pobres cautivos emocionales, cuánto dinero se dejaban a final de mes en el *pub*! Por supuesto, Leona no facilitaba el nombre real de sus trabajadores a fin de protegerlos, ya que algunos eran menores, así que siempre usaba apodos... y apodos era lo único que los desconocidos sabían de sus amores platónicos. Tratar de perseguirnos era como buscar a tu media naranja sabiendo solo su color favorito.

Luego había leyendas de altos ejecutivos que se enamoraban de algún *underdog* y lo rescataban de aquel antro para llevárselo a vivir bajo el sol de Cincinnati. Esta utopía se terminaba cuando solamente veíamos entrar cerdos al Leviathan, porque, aunque la mayoría jugaran a vestirse con corbata, ninguno era ejecutivo.

—Yo necesito mi dosis de inspiración para trabajar bien —añadí.

—Tú lo único que necesitas es una dosis de esto.

Cherry me mostró una bolsita llena de pastillas y esbozó una sonrisa traviesa; la sonrisa de Cherry era su marca personal. Como por arte de magia, todos los presentes levantaron la cabeza con curiosidad e identificaron las pastillas gracias a los iconos que tenían dibujados. ¡Joder con el canijo de dieciséis veranos!

—Qué callado te lo tenías, cabrón... —rio River, bajando del sillón y arrastrándose hacia el chico para ratonear una pastilla.

Al principio, Cherry se hizo de rogar y se negó en rotundo a abrir la bolsita de éxtasis, pero finalmente acabó repartiendo el contenido con alegría e incluso perdiendo algunas pastillas bajo la tele. Y es que cuando vas colocado de marihuana, tampoco eres capaz de decir que no a algo demasiado tiempo. Todos nos repantingamos a gusto en nuestro espacio, en nuestro territorio, con la clave de la dominación en la palma de la mano y una noche densa y aborregada por delante. Tiré el porro al suelo con desdén y me tragué la pastilla, esperando echar rayos por los ojos de un momento a otro. Estaba amarguísima. Pero... ¿No? ¿Nada?

Tras un rato de expectación, el efecto relajante del cannabis y el estimulante del éxtasis nos provocó un pelotazo a la cabeza que nos dejó paralíticos durante varios minutos. Las voces de los vecinos seguían colándose por la ventana rota del baño.

—Oh, Dios. Qué buena está... —comentó Dean súbitamente.

—Creo que quiero echar la raba, pero el vómito no tiene ni idea de por dónde salir —informó Bengala tras un extraño silencio en el que nadie era consciente de quiénes éramos ni de qué hacíamos allí.

Los *underdogs* se movían de un lado a otro como si quisieran hacer más de lo que estaban haciendo. La luz parpadeante del techo levantaba sombras terribles sobre los rostros y las paredes. Por un momento nos encontramos todos quietos, mirándonos ávidos como lobos y con los dientes apretados por la tensión. Las mandíbulas nos temblaban del esfuerzo. Eileen comentó el calor que hacía y fue a buscar alguna cerveza al frigorífico; de repente sentíamos la necesidad de bebernos una piscina entera.

Y sin saber cómo, Charles Chaplin dio las doce.

Charles Chaplin era un reloj normal y corriente que había colgado en la pared, tan horriblemente soso que yo había dibujado al actor en la esfera y había cambiado las manecillas por brazos. De manera que ahora era Chaplin quien medía nuestras horas cuando el tiempo se esfumaba, y el tiempo se esfumaba cuando los *underdogs* fumaban.

De repente, me entraron unas ganas irrefrenables de...

—Necesito dibujar.

De la mano del éxtasis acudieron a mi mente las imágenes de Rembrandt, de los girasoles, de la insuperable Venus de Velázquez. Y literalmente sentí que necesitaba hacer lo mismo, que necesitaba crear arte en ese momento como quien necesita oxígeno. Se trataba de una ansiedad que dolía y arañaba pero que resultaba muy útil, porque después de estos arrebatos era cuando los pintores dejaban sus prodigios de la creación.

—¿Qué...? —empezó a decir Dean, estresado por mi paseo revolviendo cajones y estantes.

—Necesito... dibujar...

Kaiser alzó la cabeza y comenzó a seguirme como un estúpido mosquito detrás de la luz, balanceando la cola de un lado a otro y custodiando cada movimiento. Su intromisión a cada paso que daba y la percepción de gato de Cheshire que llevaba encima no me ayudaron a conseguir mis objetivos fácilmente.

Tropezando con todas las cosas que había sacado de su lugar y que había olvidado recoger, rescaté un papel enorme del fondo de un armario. No recordaba lo que había dibujado en él hasta que no lo lancé al aire para extenderlo.

—¿Qué es eso? —preguntó River, con la filosófica mirada de estar desvelando la verdad de la existencia humana—. Un burro.

—Tú sí que eres un burro —espeté, admirando el enorme dibujo a lápiz de casi dos metros cuadrados—. Es la cabeza de una cebra, ¿no lo ves? Tiene rayas.

—Nosotros también tenemos rayas y no somos cebras. —River señaló un envoltorio con polvos blancos que había encima de la mesa.

—Es precioso —intervino Eileen con los ojillos brillantes. Pero desde su posición apenas podía verse el trazado del lápiz, así que supuse que se había emocionado solo por las dimensiones del papel.

—Es arte —repuse sin modestia alguna. No era prepotencia; sentía el dibujo de una manera tan ajena y novedosa que, hostia, si me hubieran preguntado en ese momento, jamás habría dicho que yo era el autor. Seguidamente encendí la radio del equipo de música a todo volumen, que emitió un sonido metálico y rasposo en el que pudimos distinguir a Green Day.

—Tenemos que cambiar ese cacharro. El microondas suena mejor que él —resopló Liu mientras alzaba el dedo hacia el

equipo de música, como para intentar avergonzarlo. Pero el aparato se rio de él con un sonido más turbio, si cabía.

La contestación llegó al instante desde Cherry, de la mano de la letra de la canción.

—«*Lay down your arms. Give up the fight*».¹

Liu no tuvo ganas de seguir insistiendo, aunque había captado la connotación.

De inmediato el suelo se llenó de botes de pintura abiertos. Rojos, amarillos, azules, morados. Resecos. Jugosos. Todos invadiendo nuestro espacio con una innegable advertencia de desastre. Y sin acordarme de que algún genio inventó los pinceles tiempo atrás, introduje los dedos en el bote más cercano y me lancé a la complicada tarea de rellenar la cabeza de la cebra.

Poco a poco fui perdiendo el cuidado y acabé haciendo trazos más desiguales, mezclando la pintura de unos botes a otros por error. Los colores se unieron sin sentido alguno, pero con innata combinación, como una buena rima que te sale sin pensarlo. El éxtasis se llevó toda razón y siguió dirigiendo mis dedos. Lejos de querer pararlo, mis sentidos acentuados quisieron girar también alrededor de aquella explosión de colores mientras escalofríos agradables me erizaban los pelos de los brazos.

—No... Hayden, deja de moverte. Me estás mareando.

—Déjale al chico. Imagínate que falsifica a uno de los grandes. O mejor aún, imagínate que pinta un cuadro fascinante. Imagínate que se hace famoso y nosotros ricos —murmuró Dean con aire soñador.

Había dos cosas de las que estaba seguro. La primera era que estaba muerto por dentro. Que había perdido toda capa-

1 *Baja tus brazos, renuncia a la lucha.*

cidad de sentir y que cuanto más perdía, menos me importaba. La segunda era que lo único que podía rescatarme un poco de este abismo era la inspiración, y que esta solo podía proporcionármela la droga y las obras de arte. Una combinación bellamente letal.

—El arte se valora según quien lo mire, no según quien lo pinte. No voy a conseguir nunca un reconocimiento suficiente como para darme de comer —contesté con los ojos fijos en el dibujo.

—Bueno, pues imagínate que robamos un cuadro. Uno de otra persona que ya sea famosa, como esos que vas a ver a la National Gallery.

—Sí... imagínate.

Sorbí la nariz y me froté el rostro con la mano. Me encontré sonriendo como un iluso, como un fracasado. Un estúpido con la cara manchada de colores.

Aquel cúmulo de gamas y sensaciones se dirigió hacia un magnánimo vórtice allí donde estaba el ojo de la cebra, y quise mezclar tantos colores que me acabó quedando un círculo grueso y de color parduzco. Quizás había roto el papel, quizás el universo había quebrado en ese lugar... pero no me importaba. Aquel punto central era ideal, profundo; un ojo carismático en el cual podía fundirme y perderme a mí mismo. Era donde todo el amasijo de colores cobraba sentido.

En ese instante tenía una energía desbordante, pero mi cerebro estaba terriblemente cansado. Satisfecho, molido, mareado, giré sobre mis talones y me tropecé con Kaiser, cayendo de espaldas sobre el dibujo aún latente y manchándome la camiseta y el pelo. Ojalá pudiera fundirme con el arte. Dejar de ser Hayden y ser cebra de colores.

Miré hacia el techo, hacia el infinito. Más allá de él. Podía ver las estrellas.

—*One, twenty one guns...* —coreó Eileen, con aquella voz suave y melódica como la de un pajarito. Como la de un colibrí.

«No, Billie. A veces ni veintiún pistolas son suficientes...», pensé con un fuerte retortijón de tripa. La cabeza me daba vueltas y la visión se me emborronaba como cien mil tormentas.

A mi lado, Kaiser volcó un bote de pintura roja por accidente. Ni por asomo se me ocurrió preocuparme por la mancha que se iba a quedar pegada al suelo para siempre, ni por el maldito perro que ahora la extendía por toda la habitación y se paseaba por la cebra dejando huellas rojas. Tampoco me importó si daban un toque salvaje al dibujo o lo estaban estropeando, pues ahora mismo me sentía en el paraíso tras aquella brutal explosión de arte. Como si hubiera echado una meada monumental.

Giré la cabeza inexpresiva, lenta como una muñeca diabólica, y descubrí con placer que el porro que había tirado antes estaba junto a mí medio apagado y lleno de pelos de perro. Lo cogí pausadamente y me lo llevé a los labios para revivirlo, en una fuerte calada que dejó sin aire la habitación.

Cuando expulsé el humo blanco, supe que una porción más de alma se me había escapado con él.

Entonces cerré los ojos y esperé un buen viaje.

CAPÍTULO 2

Cambiar perro por gato nunca sale barato

El día siguiente amaneció lloviendo, como era habitual en la ciudad victoriana. El cielo se desdibujaba con las aguas grises del Támesis, pero las nubes eran unos chiquillos violentos que soltaban su amenaza y se largaban enseguida.

Aquel sábado nos despertamos con dolor de tripa y un martilleo galopante en la cabeza, apestados por cierto olor agrio que pronto identificamos como vómito. Bengala reconoció su desliz y fue el primero en mover el culo. La visión del imponente negro fregando sus fluidos reseco no auguraba una buena mañana.

Poco a poco nos fuimos activando el resto, como muñecos rotos a los que acababan de dar cuerda. Especialmente yo tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano por mantener el equilibrio con dignidad, mientras recogía la cebra y los botes de pintura. No me molesté en limpiar la mancha roja, sabía que se había aferrado al suelo para siempre.

—¿Quién quiere una cerveza? —preguntó Eileen desde la cocina.

Enseguida negamos horrorizados, reviviendo las náuseas solo con pensar en llenarnos la tripa de ese líquido amargo. Pero al final no sé qué pasó, que cuando Chaplin dio las once de la mañana todos habíamos acabado en el salón, desayunando unas latas de Carlsberg con varias bolsas de Cheetos.

Como solo había un baño en la casa, tuvimos que aguantar nuestro turno de ducharnos y evacuar como buenos compañeros que éramos: peleándonos a empujones y apretándonos la entrepierna para no mearnos encima. Luego cada uno demostró fidelidad a su ritual mañanero: Eileen se recogió el pelo en un moño que a Audrey Hepburn le hubiera encantado, River se lo mojó y sacudió de la misma manera que Kaiser cuando sale de un lago, Dean se recortó la barba pelirroja con todo el cuidado del mundo y Cherry se puso la capucha de la sudadera, al estilo de esos adolescentes con pinta de tristes y peligrosos. Cuando por fin estuvimos listos para salir, nos despedimos del perro y emprendimos el camino hacia el Underground que nos llevaba al Leviathan.

El viaje transcurrió lento y monótono. La tierra se abrió en un bostezo inmenso para dejarnos salir; en el exterior el cielo se había despejado. Luego recorrimos las sórdidas calles del Soho, que ahora estaban tranquilas y silenciosas como un león dormido, a excepción de los jóvenes que habían decidido pasar el sábado de cervezas o los que estaban empezando a despertarse tras un viernes de borrachera. Otra cosa no, pero los ingleses nos llevábamos bien con cualquier vaso que tuviera alcohol.

Mantuvimos nuestro paso firme de trabajador digno; apenas unos muchachos, pero con la piel curtida de espantos. Bengala, Tigre, Cherry, Colibrí, Dragón, Perro Mojado y Gato Negro. Casi parecíamos más una tribu de indios que un grupo de putas.

Levantando miradas de soslayo por los londinenses que ya nos conocían y siendo ignorados por los turistas que no,

rápidamente nos encontramos con la fachada oscura y acogedora del *pub* en el que trabajábamos. Una pequeña bandera de colores en su puerta promovía la libertad sexual, como la mayoría de locales del Soho, y encima de ella estaba escrita la palabra *Leviathan* junto al dibujo de una piraña de neón. Siempre encendida. Si la piraña se apagaba significaba que la noche había muerto. En un cartel bastante más pequeño se podía leer *Leona W. & Underdogs*. Aquella era nuestra tripulación, bajo el nombre de nuestra capitana.

Como siempre solía pasar, Leona nos recibió con los brazos abiertos en cuanto entramos, y luego nos dio un sopapo a cada uno por haber llegado tarde.

Leona Walker tenía un carácter aún más prominente que su corpachón, y eso que era una mujer grande en todos los aspectos. Fuertota, de gigantescos pechos y voluminosas curvas, morena y portadora de kilos de maquillaje que no necesitaba. Esa mujer de cincuenta años tenía el mayor *sex-appeal* que había visto jamás en un adulto; se notaba a la legua que en su juventud había sido un bellezón risueño, hablador y de los que enseña más chicha que ropa. Nadie sabía si se debía a la experiencia o le venía ya de fábrica, pero Leona tenía una potencia y una capacidad para llevar las riendas que casi asustaba. Había nacido para ser líder.

—Bueno, al parecer, alguno por aquí se ha tomado unas vacaciones bastante liberales, así que me gustaría recordaros que aparte del objetivo de llegar a fin de mes, tenéis algo llamado compromiso... con este *pub*.

La mirada castaña de Leona se clavó específicamente sobre mí, desviando yo la vista como si la cosa no fuera conmigo.

—Hayden. No mires para otro lado, que te conozco. No sé cómo lo haces, pero tú eres uno de los pilares principales de este barco. La gente viene y pregunta por ti, y cuando no estás se van y vuelven al día siguiente. ¿Y qué les digo yo? Si evitas

tu trabajo estarás perdiendo seguidores, y por tanto los estaré perdiendo yo. Y eso no puedo permitirlo.

La conversación había adquirido un tono serio que mis amigos intentaron rehuir, pero al final Leona me cogió del brazo y me arrastró de allí con la excusa de invitarme a una cerveza. Después de haberla desayunado prefería cortarme la cabeza antes que tomarme otra, pero negarse a una «invitación» tan hitleriana no era una opción inteligente.

—Hayden, querido, ¿te pasa algo? ¿Acaso quieres dejar el trabajo?

Negué con la cabeza, viendo el alivio reflejado en sus ojos.

—Entonces... ¿qué es, cariño?

Iba a contestar alguna excusa idiota cuando la puerta del *pub* se abrió en ese instante. La conversación se vio interrumpida por un ruidoso grupo de chicas que entraron en el Leviathan vestidas de punta en blanco, y todas las miradas se dirigieron hacia ellas, porque a esas horas no había otra gente a la que mirar. Ignorando a los pobres diablos que tenían colgados de sus traseros y escotes, vinieron directamente hacia Leona en cuanto la divisaron.

—¡Hola! ¿Es usted la encargada del *pub*? —preguntó una pelirroja, con unos aires tan extrovertidos que metían el dedo en el ojo.

—Esa soy yo. Leona Walker.

—Bien. Mira, nuestra amiga se va a casar mañana y está esperando ahí fuera con los ojos vendados. Hemos pensado que a una despedida de soltera siempre le viene bien un hombre que esté dispuesto a quitarse ropa... y he escuchado que aquí tenéis unos dioses griegos de muy buena calidad. ¿Podemos alquilar uno para todo el día?

«Alquilar es para los pisos, pulga estúpida; las personas se contratan».

—No veo por qué no, siempre que vengáis bien provistas de dinero. Os aviso que no os saldrá barato.

—Estamos dispuestas a escuchar el precio sin desmayarnos.

—Veamos, qué hora es... La una, y podemos prestarte a uno de nuestros chicos hasta las siete de la mañana. ¿Bien? Serían dieciocho horas, a sesenta libras la hora, precio-compañía... Os saldría por unas mil ochenta libras.

—¿Mil qué...?

—¡Jesús, que caro!

—Menos mal que somos un montón; con esto Danielle puede darse por satisfecha.

—Saldría a poco más de cincuenta libras cada una. Está asequible.

—Joder. Yo es que con eso me alquilaba un macizo de estos para mí sola.

—¡Doreen! No seas viciosa. ¿Qué hay de tu pobre Frank?

—Frank puede esperar. De momento hay que darle el sí a esta mujer.

Viendo cómo estaba el percal, procuré escabullirme en silencio para reunirme con mis colegas, pero Leona me impidió el movimiento fugazmente agarrándome del hombro.

—Tenéis suerte, queridas. Él puede satisfacer vuestra petición de buena gana.

Algo rechinó en algún rincón de mi mente.

—Jefa... —comencé a susurrar—. Creo que hay otros más capacitados que yo para este tipo de...

—Por supuesto que los hay, pero por si no has captado mi indirecta, ellos sí cumplen sus horas. No tengo por qué mandarles más trabajo.

Aunque pareciera un local roñoso y miserable, dentro del Leviathan había una jerarquía y unas funciones perfectamen-

te claras. Leona tenía una serie de *underdogs* que, ya fuera por su veteranía o por obediencia, eran de mayor estima y confianza que otros. Esos tipos estaban por encima del resto y podían evitar un poco el trabajo sucio, igual que el jefe de una pescadería evita mancharse las manos, aunque la mayoría de las veces era a costa de un «servicio exclusivo» que hacían para la propia Leona. Unas veces era porque la jefa les tenía cariño, otras porque le apetecía divertirse por unas horas. Pero por un motivo u otro, al final Leona no era la única que se aprovechaba de los privilegios del liderazgo.

Y en ese punto de inflexión me encontraba yo; demasiado apetitoso como para ignorarme, pero demasiado rebelde como para confiar en mí. Tan pronto Leona me llamaba a su despacho para empotrarme contra el escritorio como me regalaba su indiferencia durante meses y me ordenaba los encargos más burdos para no tener que verme. Una estrategia para insinuar mi colaboración, pero sin que se me subiera a la cabeza el éxito. Creía saber por qué hacía eso: todavía sentía curiosidad por mi carácter y me ponía a prueba para conseguir someterme. Lo cierto es que nunca me había llevado bien con las órdenes y, a fin de cuentas, lo más importante en un negocio es lograr que tus seguidores te sigan con los ojos vendados.

El resto de *underdogs* estaban especializados en lo que mejor sabían hacer; así era como Leona distribuía los encargos para satisfacer al cliente. Colibrí, por ejemplo, era dulce y delicada; todo lo contrario a la bestialidad de Bengala. Así ya sabías a quién buscar dependiendo de si querías una sesión dura de dominación o comerte a una niña con cara de corde-rito.

Cherry y otros cuantos eran sadomasoquistas, Lady era travesti, Víbora era *stripper* y se dedicaba a restregarse una serpiente que tenía mientras bailaba... y después había *underdogs* con fetiches muy variados: a Camaleón le iban los disfraces y los juegos de rol, Roja prefería hacerlo en lugares

públicos, a Libélula le gustaba usar juguetes y Abril era especialmente buena con las manualidades.

Pero también había *underdogs* de carácter paciente y manso, que normalmente hacían compañía a las señoras mayores que requerían los servicios de Leona. Esos cayos malos solían buscar a alguien a quien contar sus cotilleos mientras les llevaban la compra hasta casa, y se conformaban con pagar solo por eso, porque estaban todas forradas, las putas viejas.

Para rebasar el género, había también un tipo de *underdogs* de alta clase; jóvenes que habían ido a parar a las manos de Leona por motivos de apatía existencial y que usaban el dinero para pagarse una carrera o unos caprichos demasiado caros. Eran los denominados *scorts* o *call girls*, que consistían en unos pocos afortunados que cobraban cantidades astronómicas por hacer un servicio exquisito que, en la mayoría de los casos, consistía en hacerse pasar por hijos, sobrinos y amantes de los clientes en algunos eventos sociales. En total eran unos seis jóvenes. No iban al Leviathan, no se drogaban, no bebían... y se cuidaban bastante. Eran cultos, educados y no se juntaban con el resto de *underdogs*. De hecho, si tenían a Leona Walker de intermediaria era solo para no mezclarse personalmente con esta “sociedad sumergida”.

Yo no me encontraba en ninguna de esas secciones, por lo que era obvio pensar que un *underdog* más cálido como Camaleón sería mejor para este encargo. Pero cuando fui a replicar, la mirada firme de Leona descolocó cualquier argumento. No admitiría un no por respuesta después de todas las horas que había faltado.

—¿Tú? Pero si eres un niño —murmuró la pelirroja alzando las cejas.

Bueno. Era cierto que no medía dos metros, ni tenía una barba de leñador, ni el cuello como una percha, ni los múscu-

los de un culturista, ni el poderoso atractivo de un cuarentón millonario. Era cierto que no era un Hugh Jackman, pero si había algo que no me faltaba era unas agallas de pez y un orgullo estratosférico.

—Soy Gato Negro y en este *pub* no entran los niños.

Como para enfatizar mis palabras, levanté mi camiseta osadamente para enseñarles el torso duro. Leona se quedó satisfecha con la cara de perras en celo que pusieron las tías y sacaron el dinero inmediatamente.

—¿A quién...?

—A mí —intervino la jefa antes de que yo pudiera hablar, tomando los billetes. Luego las tías centraron su atención en mí.

—¿Cuántos años tienes, cariño?

Sus ojos ávidos estaban clavados sobre mi cuerpo, analizándome con traviesa curiosidad.

—Veinte.

—Ay... Aún estás tierno. —Y se echaron a reír cual arpías merodeando a una presa.

Omití una expresión de desprecio. Esas tías tenían dos o tres años más que yo y ya se creían unas profetas solo porque la furcia de su amiga se iba a casar. Estaban en esa fase de la vida en la que se lían a dar consejos y se creen que pueden llamar crío a todo el mundo.

De la mano me arrastraron hasta el exterior del *pub*, escuchando los comentarios burlescos que me enviaban mis compañeros desde la barra. Pero la verdad era que estaban celosos, no había más que verlo en sus caras. Normalmente teníamos que tratar con borrachos, gordos, depravados, sádicos, desesperadas, viejas, reinonas operadas, guarras y locas. Pero de vez en cuando el karma nos bendecía con alguna fémica buenorra con las peras asomando por el escote. Todos sabíamos que cumplir tus horas con un grupo de

viejas chochas o con un harén de ciervas alteradas... no era ni parecido.

Pero mis buenas expectativas cambiaron cuando la pelirroja me detuvo en la puerta, antes de llegar al grupo de tías en cuyo centro había una con los ojos vendados. Sus maliciosos comentarios a voz en grito parecían invocar al diablo. Enfrentar a semejante séquito, aunque fuera de mujeres bonitas, ahí pavoneándose y puteándose en su medio natural, era una acción digna de héroes. Yo os juro que en las despedidas de soltera las mujeres se transforman en monstruos.

—Tienes que ponerte esto.

La pelirroja, que se llamaba Annie, me tendió una correa de cuero y unos bultos forrados en pelo.

—No pienso disfrazarme de perro —espeté entonces, con aquel instinto primario de evitar el ridículo que todo macho tiene. Annie no se atrevió a desafiarme... o, al menos, no hasta que se acordó de las mil pelotas que había pagado por mí.

—Póntelo o me quejaré ante tu jefa. Cuando te quedes de patitas en la calle y te estés muriendo de hambre como un perro lamentarás que eso no sea un disfraz.

Ahí estaba. La maldad innata de las mujeres, con su famosa lengua más afilada que una navaja. Al menos los hombres éramos más sencillos en ese aspecto: le dejabas un ojo morado y fuera.

El resto de tías que acompañaban a Annie no se atrevieron a hablar. No tenían ni la más remota idea de cómo tratar con un curtido superviviente de las calles o no tenían cojones de hacerlo. Aquella pelirroja pequeña pero matona parecía ser la única con agallas.

Así que, con una turbia mirada de desprecio, me ajusté el collar de pinchos en el cuello, del que colgaba una larga cadena a modo de correa. La sudadera grisácea consistía en un par de orejas de perro en la capucha y un rabito peludo en la parte de atrás.

—¿Ya puedo mirar? —voceó la chica de ojos vendados, sin saber por qué sus acompañantes se habían quedado calladas.

Annie me dio el visto bueno con una seña y retiró el pañuelo a su amiga.

—¡Sorpresa! —berrearon todas al unísono, antes de empezar a reír como locas. Al instante comenzaron los tirones en la ropa y los comentarios malvados. Parecían un aquelarre de brujas en plena enajenación mental.

—¡Es para ti!

—¡Todo tuyo! ¡Por un día!

—¡A ver lo que haces! Te vamos a vigilar.

—¡Sí! O Louis se pondrá celosito...

—¿Cómo se llama? —preguntó la prometida.

De repente guardaron silencio, mirándome a la expectativa. Y como contestar que me llamaba Gato Negro con esas pintas me pareció una sublime estupidez, respondí:

—Hayden.

—Bien, Hayden. A partir de ahora y hasta las siete de la mañana, vas a ser el perro de Danielle. Y como buen perro tienes que obedecer todo lo que ella te diga —aclaró Annie autoritariamente, ganando confianza ahora que me había relegado de posición. Cogió la cadena que colgaba de mi cuello y se la tendió a Danielle.

—Vamos a probar. Hayden, siéntate —impuso la chica, con cara de ejecutivo frente a un becario. Y ante los veinte pares de ojos tuve que agacharme y sentarme en el suelo. Aquello debió hacerlas mucha gracia, porque empezaron a aplaudir como las focas y decir incoherencias con voz de pito. Me sentía un poco humillado, pero también tenía la sensación de ser la única persona normal del grupo. Irónico teniendo en cuenta que estaba vestido de chucho.

—Hayden, la patita —pidió ahora Danielle. La reacción general se repitió cuando le tendí la mano lentamente, aunque esta vez la chica pareció más calmada y usó ese gesto para estrecharme la suya y ayudarme a levantarme.

—Bueno, ¿y cuál es el plan ahora, chicas?

—Pues es obvio, ¿no?

—¡¡Nos vamos de compras!!

Fue un misterio de la vida que todas estuvieran de acuerdo. Puse los ojos en blanco. ¿Cuánto dinero pensaban gastarse hoy? Las inglesas eran un pozo sin fondo.

Mi día como *underdog* comenzó de una manera bastante patética y deprimente, acompañando a esa tribu de locas que no hacían más que reír y berrear comentarios soeces sobre mí. Decidieron coger un autobús para ir a Harrods y pasé la mayor vergüenza de mi vida cuando antes de entrar le preguntaron al conductor que si podían subir perros. El señor me dirigió una mirada de compasión y comprendió que toda aquella parafernalia se podía resumir en tres temidas palabras: despedida de soltera. Las veinte tías fueron pasando al fondo del vehículo empujando y molestando a los pasajeros, y encima era yo el que iba repartiendo *sorrys* a las malas caras como si fuera el único decente del grupo.

En medio del trayecto decidieron bajarse antes de Harrods e ir a comer al Hard Rock Cafe, que además de ser el único de Londres, era el más antiguo del mundo. Genial, pues ya lo que me faltaba. El Hard Rock siempre estaba a rebosar de gente; camorristas que te saboreaban en cuanto vestías diferente y te pedían fotos como si fueras un mono de feria. Prefería mil veces comer en un mugriento BBQ lleno de borrachos abonados a las cervezas, aunque no tuviera la guitarra de los Sex Pistols colgada en la pared.

Como si mi jornada no pudiera empezar peor, me vi forzado a pasar por una de las calles más turísticas de Londres

sin camiseta, vestido de perro y siendo arrastrado de la correa por el aquelarre de féminas. Un desfile estrambótico que nada encajaba con el estilo elegante y lleno de jardineras recortadas de la avenida. Ingleses y extranjeros se quedaban mirándonos con curiosidad, en su mayoría sonriendo y otros grabándome con descaro. Incluso alguno me lanzó un piropo. Qué detalle.

Cuando entramos al Hard Rock la cosa no mejoró, especialmente cuando me obligaron a sentarme al pie de la mesa como un animal. Tarde o temprano, todas las personas del local cometieron el inédito pecado de apartar la vista de la chaqueta de Axl Rose y de la batería de Led Zeppelin para mirarme a mí. Si eso no era ser importante, no sé qué otra cosa podía serlo.

—Toma, Hayden. Hoy es tu día de suerte. —Y me dieron de comer los huesos de sus alitas de pollo. La expresión de furia se me pasó cuando dijeron que estaban de broma y me pidieron unas costillas con barbacoa, aunque igualmente me las tuve que comer en el suelo y tomándolas de sus manos. Un espectáculo hilarante que fue favorecido por las luces anaranjadas y la atmósfera con sonido de Lenny Kravitz.

Cuando terminó la comida salimos del Hard Rock y nos dirigimos a Harrods, el centro comercial más lujoso de Londres. Aunque fue fundado hace ochenta años, era el único abuelo que se volvía más lozano con cada año que pasaba. La fachada inmensa luchaba por apoderarse de la acera para engatusar a los transeúntes con sus escaparates: decenas y decenas de metros de maniquís soñando con ser desvestidos. Y como en su puerta había un cartel en el que ponía expresamente «Perros no», tuve que quedarme fuera tras sufrir el regodeo de las arpias. Fuera. Esperando. Con la correa atada a un árbol para que no me escapara. Patético.

Para colmo, cuando miré a la izquierda me encontré con un perro que me estaba observando; pero un perro de los de

verdad. El mastín estaba atado al árbol de al lado con expresión cómplice y parecía preguntarse de qué raza sería yo.

—¿Qué? —le gruñí.

No me gustaba. Era la mascota de una señora que estaba dentro de Harrods en ese instante, así que era un perro refinado. Kaiser le tumbaría como si fuera un pollo si se lo proponía... y ese pensamiento me hizo sonreír. Era como una paradoja entre un pobre y un rico en la que el pobre siempre ganaba; tenía que paladearla bien, puesto que no había muchas de ese tipo.

Cualquier sentimiento de camaradería y mutua resignación se fugó en cuanto el estúpido perro se acercó con intenciones de olerme el trasero, así que le propiné una patada en el lomo que le hizo alejarse lo máximo que le permitía su correa.

—Puto chucho... —farfullé, quedándome pasmado de lo bien que se adaptaba a mí esa frase.

Por suerte las chicas no tardaron demasiado en salir, pues comprarse algo en Harrods que no fuera una gilipollez suponía arruinarse por completo. Desgraciadamente, su ruta bursátil no había hecho más que empezar. Pasamos unas tres horas pateándonos Londres y renovando el vestuario de veinte señoritas exigentes que, encima, debían comprarse prendas distintas las unas de las otras. Y yo, como habíamos acordado que era un servidor de Danielle y, por tanto, del grupo, tuve que cargar con todas las bolsas y bultos que habían ido recolectando.

Eran las cuatro de la tarde y habíamos acabado tirados en la hierba de Hyde Park, debido al inusual sol que hacía ese día en Londres. Un sol mentiroso, sí, pero suficiente para que los ciudadanos legañosos salieran de sus casas y guiñaran los ojos al mirar al cielo. Una conspiración del cosmos había impedido que volviera a llover y se estropeará la tarde; incluso salvamos la humedad de la hierba sentándonos en unas man-

tas que habían traído las chicas. Nos llegaban unas vagas palabras provenientes del Speaker's Corner y las ardillas grisáceas se acercaban de vez en cuando para buscar cacahuetes en las bolsas de la compra. Por su parte, las chicas se lo estaban pasando en grande ordenándome ladrar a cualquier perro que pasara cerca de nosotros.

Doreen volvió al cabo de un rato con una ingente cantidad de helados en las manos; incluso había tenido el detalle de comprarme uno a mí. Como buenos ingleses, habíamos aprendido a saborear esa frialdad, incluso teniendo los dedos de los pies a la misma temperatura.

—Eh, eh, Hayden. ¿Estás usando las manos o me lo parece a mí? Los perros no usan las manos.

«Tampoco comen helados», me habría gustado decir. Pero tuve que conformarme con resoplar y comer el helado que Danielle me sujetaba.

Ahí es donde comenzó el juego. La rubia incrementó su autoestima gracias a los comentarios de sus compañeras y comenzó un tira y afloja conmigo, cargado de sucias intenciones. Primero me pidió que me comiera el helado a lametones, lentamente, así que me permití sacar un poco del potencial de *underdog* que tenía y obedecí a su petición de manera sensual. Entre los silbidos y las acotaciones de las veinte mujeres, Danielle dio un paso más y se pringó el tobillo de vainilla, extendiéndola a lo largo de su pierna y escalando el muslo.

Por un momento se produjo un instante de tensión en el grupo, pero finalmente decidí seguirle el rollo y tomé su pierna con toda la suavidad de este mundo y del siguiente. Comenzando por el tobillo, pasé la lengua por el reguero de vainilla y fui lamiendo la extensión con ojillos golosos, regalando aquellas magníficas vistas a las morbosas tías y consiguiendo sonrojar a Danielle.

¿No querían jugar con fuego? Pues aquí arderíamos todos. Mi boca terminó de escalar el muslo, repartiendo besos y lametones por el lugar, hasta que tuve la osadía de internar la cabeza bajo la falda de mi dueña.

—Ha-Hayden... Basta, es suficiente —exclamó Danielle nerviosamente. Sus amigas estallaron en carcajadas y vítores, animándome a seguir, pero la acción se vio interrumpida por un instintivo tirón de correa que me dejó sin aire.

Ahora era Danielle la que reía, recuperada de la vergüenza y pidiéndome perdón por la brusca respuesta. Luego estropeé el perdón diciendo que era culpa mía.

—Perrito, pide —ordenó entonces, mostrándome el helado que quedaba desde las alturas.

Mosqueado como estaba por el tirón en el cuello, tuve que tragarme mi orgullo y arrodillarme frente a sus pies gimoteando de forma cómica... pero cuando Danielle fue a soltar alguna especie de burla, me agarré a su falda y se la bajé hasta las rodillas con malicia.

Probablemente nadie en Hyde Park se hubiera dado cuenta de aquel acto, pero la chica lo estropeó con un berrido agudo que casi me destrozó los tímpanos. Desde luego que verle las bragas blancas no era nada del otro mundo, pero habría dado cualquier cosa por volver a contemplar aquella cara de horror acompañada de las veinte risotadas burbujeantes.

Roja como un tomate, Danielle se subió la falda rápidamente. Las ardillas se habían espantado y ahora todo el mundo nos estaba mirando. El esplendoroso verdor del parque solo sirvió para acentuarnos a ojos del resto, como cuando usas el subrayador en la página entera excepto en una palabra.

—Malo. ¡Perro malo! —gritó la prometida con una mezcla de bochorno e irritación en su rostro. Se entretuvo en pegarme con el bolso, pero pronto Annie salió en mi defensa dicien-

do que aquello había sido lo más gracioso del día y que no era justo que fuera castigado.

Después la tarde fue tomando un mejor color. Poco a poco dejaron de tratarme como a un ser inferior (dentro de mi absurda posición de perro) para tratarme con la complicidad y la confianza de un amigo. Yo recompensé ese hecho dedicándoles un pequeño *striptease* en medio del parque y quitándome los pantalones. Aquello pareció satisfacerles muchísimo y enseguida prosiguieron su camino muy contentas, alardeando de su nuevo juguete. Punto para mí.

Luego pensé que era gilipollas. Que qué diablos hacía en calzoncillos un londinense día de noviembre.

Me hicieron algunas cuantas perrerías más, nunca mejor dicho, y la peor de todas fue empujarme al lago Serpentine que separaba Hyde Park de los Kensington Gardens. Cuando me encontré completamente empapado y rodeado de patos tuve que optar por reírme de mí mismo y corresponder a las sonrisas de las chicas con otra. Parecían preocupadas porque me hubiera enfadado, porque cualquier persona decente habría considerado aquello como un paso más allá de la línea.

Y no, no me enfadé... pero tomé mi venganza cogiendo ambos extremos de la cadena que rodeaba al grupo de chicas y tirando con todas mis fuerzas para atraerlas hacia el borde. En circunstancias normales no hubiera logrado mover a veinte personas, pero la presión de la correa en sus espaldas, la aglomeración y el bordillo hicieron el resto del trabajo y acabaron poniéndolas a gritar y a chapotear en pleno lago. Todo acabó en risas, amenazas baratas y un par de guardias pidiéndonos que nos comportáramos.

Volví a pensar que era gilipollas. Que qué diablos hacía metido en un lago un londinense día de noviembre.

En el trayecto hacia Picadilly Circus encontramos una cabina que expulsaba aire por un módico (mentira) precio. Y

como Londres era una ciudad preparada para que los habitantes que salían de casa sin paraguas no pescaran un resfriado, nos aprovechamos de esa característica para secarnos bien la ropa. Los chillidos de las tías al mirarse en el espejo y descubrir cómo les había quedado el pelo y la mierda de pato que tenían en la ropa fueron legendarios. De verdad. Ni con todas las colonias de Harrods podían comprarse.

Para cuando terminaron de arreglarse, el cielo había oscurecido y la noche inglesa nos esperaba. Cenamos en un local barato para contrarrestar el atraco a mano armada que había supuesto el Hard Rock y nos fuimos buscando fiesta a un *pub* rastrero por Covent Garden, el barrio que los artistas callejeros utilizaban como tablero de ajedrez. Hubo un local que atrajo la atención de las chicas por su buen ambiente, y si todavía quedaba algún resquicio de espacio libre y de hombre aburrido, todo se solucionó cuando veinte hembras desfasadas acompañadas de un perrito travieso entraron en el lugar.

El resto de la noche transcurrió rápida y sin altercados, pues la multitud de gente y ruido hacía imposible que las chicas me ordenaran hacer alguna estupidez por encima de la música. El resto de la despedida de soltera consistió en bailar y beber en cantidades industriales mientras soportaba los manoseos de Doreen e intentaba divertirme un poquito.

Serían ya las seis de la mañana, algo increíble para un *pub* londinense, y la actividad no había disminuido nada gracias a la buena atmósfera que creaba nuestro grupo. Fue entonces cuando Danielle tiró de mi correa y me sacó de la marabunta de gente hacia un lugar más despejado. Los oídos me pitaban y los sentidos iban ralentizados, pero iba bastante más estable que la pobre y tambaleante rubia. Ninguna de las chicas se dio cuenta de que nos habíamos ausentado ni de que Danielle me conducía por un pasillo tras las escaleras.

Entramos en una habitación oscura y casi vacía, que enseguida identifiqué como un reservado por su semejanza a los del Leviathan. En el medio había una mesita abarrotada de botellines de cerveza, colillas fuera de su cenicero y latas de Kas, algunas abolladas y desperdigadas por el suelo junto a un par de pañuelos bien pisados. El aire apestaba a lejía por culpa del cubo y la fregona que había apoyados contra una pared. Danielle dejó el vaso en el suelo torpemente y se dejó caer en la cama como un saco de patatas.

Ninguno de los dos dijo una palabra. Sentado al borde de la cama, me lie un porro que había conseguido en ese mismo local y fumé unas cuantas caladas, empeorando el dolor de garganta que me había proporcionado el baño en el lago. Yo solo quería terminar el trabajo. Ella quería algo más.

—Hayden... —ronroneó. Tenía los ojos vidriosos, y ahora que estábamos fuera del fulgor de la fiesta habían empezado a cerrársele. Se notaba a la legua que antes de esa copa habían ido muchas más.

—Dime.

—¿No tienes calor?

Tomé aquel estúpido comentario como una excusa para quitarse prendas, que efectivamente dejó a la rubia en ropa interior. La habitación retumbaba con el sonido de abajo, pero aun así el ajeteo se sentía lejano, ajeno a nosotros.

—Hayden... Me duele la cabeza... —Esa insistencia por llamarme todo el rato me hizo pensar que estaba esperando algo de mí. Por un momento pensé que iba a vomitar, pero entonces se limitó a quedarse inmóvil como si hubiera entrado en trance.

Con toda mi buena fe de dejarla dormir, me encontré de pronto con la correa tensada hacia su mano. Y avanzando hacia ella más por obligación que por gusto, me dejé colocar sobre su cuerpo, muy cerca de su rostro y admirando sus ojos

azules. No hicieron falta palabras, pero también era mejor no decirlas. Lo que comenzó como un beso lento y desesperado acabó convirtiéndose en una apasionada necesidad de comernos la boca con avidez, de bebernos el aliento y cada gota de saliva que fabricábamos.

Danielle jadeaba y buscaba acariciar mi torso frío. A mí se me había puesto dura. Ella lo notó enseguida y se aprovechó de la circunstancia metiéndome mano, pero lo cierto es que era yo quien tenía las riendas de la situación. A mí no tenía que convencerme de nada; lo que tenía que hacer era acordarse del tal Louis que la esperaba mañana en el altar.

—Joder... —farfulló ella acaloradamente, esta vez de verdad.

Por un momento me asaltó un sentimiento de pena por el pobre Louis, haciendo ademán de alejarme y diciendo:

—Danny, no podemos. Espera, voy a llamar a tus amigas para que te lleven a casa.

—¡No! No les estropees la noche. Quédate conmigo... — Volvió a tirar de la cadena, acercándose a sus labios una vez más—. Es una orden. Todavía te queda una hora de ser mi perro.

Entonces supe a qué venía tanta insistencia. En el fondo ella era una niña igual que todas sus amigas; una niña que se cree adulta y que solo puede escapar de la responsabilidad mediante estas cagadas monumentales. Y todo por ese terror tan típico a quedarse atada a una sola persona de por vida. Le quedaba una hora de libertad: una hora de desenfreno en la que aún no estaba oficialmente soldada a su prometido, en caso de que se hubiera acordado de él en algún momento. Que digo yo... que para qué te casas si en cuanto piensas en ese nuevo ataque a tu libertad te viene la alergia.

Y yo pude haberme negado. Pude haber dicho que el precio que puso Leona era de acompañante y que no entraba el sexo, pero por alguna recóndita razón no lo hice. En vez de

eso, acerqué la cabeza a su cuello y comencé a repartir besos por la zona, mientras le quitaba el sujetador torpemente por culpa de su poca colaboración. Mi recorrido se detuvo en sus senos un momento, arrancándole alguna exhalación de aire.

Haciendo gala de mi experiencia paseé mi boca por su vientre y ombligo, procediendo a bajarle la falda, como había hecho en Hyde Park pero con otro fin. Las braguitas blancas también fueron retiradas con lentitud, usando solo los dientes y una mirada inquebrantable. Cuando mi boca se situó entre sus piernas gimoteó de vergüenza y de placer, aunque sus sonidos fueron acallados cuando apoyé el porro en su boca y la invité a fumar.

Volví a mi posición inicial en cuanto comenzó a humedecer las sábanas. Ella me bajó los pantalones con intención de acentuar algo que no necesitaba. Aquel momento, mientras Danielle subía y bajaba la mano, fue ideal para detener algo que podía terminar fácilmente con una paja en el baño y hacer lo correcto, ya que ella no pensaba hacerlo. Porque yo siempre podía mantener la mente fría en estos temas de sexo indiferente, que para mí no suponían ninguna meta suprema. Esto era una decisión más que una falta de voluntad.

Así que decidí. Giré a la chica con rudeza, poniéndola a cuatro patas y elevando sus caderas.

—Esta noche vas a ser mi perra —pronuncié con malicioso deleite, sin que Danielle fuera consciente todavía de las consecuencias de mis palabras. Habíamos convertido a Louis en el tema tabú del momento. Su generoso interior se abrió para mí mientras soltaba un alarido de sorpresa y gozo.

Mi sonrisa se borró, los jadeos se acentuaron, los gemidos inundaron el aire, el vaivén se aceleró, el éxtasis nos acechó y mi mirada se volvió gélida, insensible. Apareció en ella algo que no había aparecido hasta ahora: el desprecio.



El domingo el *pub* cerraba, pero Leona nos obligó a todos a ir para hacernos el examen médico.

Teníamos examen médico cada dos meses, puesto que la fauna que se dejaba caer por el Leviathan podía tener bichos muy variados en el pelaje. Normalmente usábamos preservativo y otros milagros de la ciencia, pero de vez en cuando un *underdog* aparecía como seropositivo en alguna enfermedad y Leona tenía que echarle de inmediato.

Después de la desagradable sensación de que me metieran un bastoncillo por el pito, me largué de allí y me preparé para un duro día de no hacer absolutamente nada. Lo único bueno del domingo llegó a eso de las seis de la tarde, cuando River se encontró conmigo sentado en un banco a la puerta de casa y me contó que la chica de la despedida de soltera había confesado que el novio tenía más cuernos que un toro y lo había dejado plantado en el altar. No sé cómo se habría enterado River, pero la noticia me hizo tanta gracia que tuve que apoyarme en el banco para no caerme de la risa.

—¿No habrás tenido algo que ver? Tú no serías tan cabrón de interferir más de lo necesario... ¿verdad?

No contesté. Simplemente me quedé mirando a River con esta mirada vacía y tétrica que otros habían moldeado. Luego bajé la vista como si la cosa no fuera conmigo y seguí comiendo pipas.

—¡Hayden! ¡Tú tienes cientos de personas con las que acostarte!

—Ya, pero con Danielle había cosas en juego, así que era más divertido. Que se joda.

Estornudé. Encima tenía un resfriado infernal por haberme caído en el Serpentine y haber ido medio en pelotas por Londres.

—Tío, creo que te has pasado. Tú mismo dijiste que incluso te lo pasaste bien. Además, has hecho cosas más humillantes.

—Exacto, River: hubo otros como ellas que nos han tratado aún peor. Esta no es más que una lección de lo que podemos hacerles, en lo que nos han convertido. Mira, River, lo hago por nosotros. Esta es nuestra lucha.

River mantuvo alta la mirada, sin entenderme del todo pero comprendiéndolo a la vez. Sus ojos terriblemente azules expresaban aquello que no estaba diciendo.

—Que les follen, a esas perras flacas. Al final les he salido más caro de lo que pensaron... —sonreí con malicia.

Después el chico se subió a casa y ahí se quedó la conversación.

Yo me quedé un rato más en la calle, cancelando mi cita con las pipas de vez en cuando para llevarme el cigarro a los labios. De repente un papel llegó volando con el viento y se estrelló en mi cara. Apartándolo con una palabrota, me di cuenta de que era un folleto de la National Gallery. Estaba anunciando la nueva exposición del Neoclasicismo que iba a tener lugar el trece de noviembre, y la manera de hacerlo fue plantando el famoso cuadro de David en plena página. No me fijé en la hora, ni en el lugar, ni en las otras obras. Yo solamente miraba a Napoleón y Napoleón me miraba a mí. No se parecía en nada a ninguna pintura que hubiera falsificado. No podía apartar la vista.

Y supe que, en algún sentido, ese cuadro debía ser mío.

CAPÍTULO 3

Gato gordo honra su casa

El lunes por la mañana amanecí con una resaca demoníaca, el bello producto de una noche tranquila junto a los demás *underdogs* y unas botellas de tequila. Lo cierto es que el resfriado me había dejado hecho un saco de mierda, pero no podía tomarme ningún medicamento por la desorbitante cantidad de alcohol que debía de tener en sangre.

Pero como era Lunes Sopa, mi resaca y yo tuvimos que salir de la cama y mover el culo hacia el tren que nos llevaría a casa de mis abuelos. Los lunes eran los venerables días de la semana en los que mantenía alguna relación con mi familia... y eso se traducía, más que nada, en que mis abuelos nos invitaban a mi hermana y a mí a comer a su casa, situada en Sussex Gardens. El plato del día era la sopa sagrada que llevaba haciendo la abuela Abbeline durante cincuenta años y que había pasado de generación en generación desde los primeros homínidos. Por este motivo, este día es apodado Lunes Sopa desde que tengo conciencia de mi conciencia.

Si os preguntáis por mis padres... No, ellos no van nunca. Antes sí, claro, pero desde que tuvimos nuestro pequeño desliz dejaron de ir a visitar a los abuelos el mismo día que yo para no cruzarse conmigo. Hace un año incluso no dejaban ir a mi hermana, por lo que estuve casi dos años sin ver a Janice, hasta que mis abuelos intercedieron por mí y lograron que coincidiéramos, al menos, un par de horas a la semana.

Un coche me perdonó la vida cuando fui a cruzar la calle, en el más absoluto embobamiento. Otra vez esta existencia vacía, monótona. Esta tubería con goteras. Este coche que perdía aceite cada vez que intentaba arrancar. Otra vez este puto invierno a la vuelta de la esquina. Este clima lluvioso que amenazaba con apagar la mísera llama de mi interior.

Hoy hacía frío. Mucho. Pero no de esos fríos románticos que invaden las películas de Santa Claus en los días de Navidad, no: un frío cortante y gélido, que se te colaba entre las ropas como una mujer atrevida y te ponía la piel de gallina hasta en los huevos. El estúpido invierno de Londres, como en todos los países nórdicos, aparecía mucho antes de la cita prevista.

Los hoteles de Sussex Gardens iban llegando y quedando atrás. Cientos de verjas negras y cientos de edificios blancos. Cientos de jardineras, cientos de números pegados a las paredes, cientos de negocios detrás de las recepcionistas aburridas. Esta zona residencial de Londres tenía un aspecto especialmente tradicional para que los turistas lloraran de emoción nada más bajarse del taxi, creyendo que, por ser una zona tan inglesísima, iban a encontrarse hasta a la misma reina Elizabeth sentada en su cama tomando el té. Casi podías sonarte los mocos con una bandera si te veías apurado.

Los autobuses rojos traqueteaban de un lado a otro, destacando moleestamente junto con las clásicas cabinas telefónicas del mismo color. El cielo apenas era visible por culpa de

los altos edificios y los árboles llorones que los acompañaban. Las hojas rayaban el aire sin cesar. Me encogí dentro de mi abrigo.

—¡Hayden! Chiquillo, que te pasas de largo —exclamó una voz temblorosa desde la distancia.

Brandon se encontraba parado en la escalerita, sin atreverse a salir del rellano y enfrentar a las gotas que caían de la repisa. Vestía un chaleco de punto negro sobre una camisa azul, como esos cincuentones retirados que juegan al golf y llevan a su hija a equitación.

—Ah... hola, abuelo. Lo siento, iba pensando en mis cosas. Eh... No, no salgas, ya voy.

El anciano dejó caer su manaza sobre mi hombro a modo de saludo, como siempre hacía, y me invitó a pasar justo antes de que una señora arrugada y de mirada cristalina me capturara en el pasillo.

—¡Cariño! ¿Qué tal la semana? Pasa, pasa. ¡Espera! Límpiate las suelas en el felpudo, que he fregado. Así, muy bien. —Entonces, Abbeline me quitó el abrigo y me dirigió una mirada alarmante, agarrándose a mis costados—. ¡Hijo! Cada vez estás más delgado. Tienes que comer más.

Ella debía de ser la única abuela del mundo que decía esta frase tan refranera con razón, porque era verdad que en estos últimos meses me había quedado hecho un saco de huesos. No es que Abbeline quisiera compensar mi disconforme ausencia maternal con kilos de pudding, *fish and chips* y *Sunday roasts* (me hicieran o no falta), sino que realmente veía cómo mi cuerpo se iba quedando como el relieve del Himalaya por culpa de las costillas sobresalientes, las agresivas clavículas y los tiernos abdominales de ternero. Y aunque quiso rebuscar las pruebas de la evidencia levantándome la camiseta, no la dejé ir más allá para que no viera las cicatrices y marcas que tenía como resultado de peleas con borrachos, accidentes o

ese deporte de riesgo al que llaman sexo. Mi ajetreado modo de vida, secreto y maquillado para los dos setentones, tampoco ayudaba demasiado a proveer mi cuerpo de sustancias saludables, dejándolo delgaducho, resacoso y afectado por ese estúpido resfriado sin medicar que me había dejado aspecto de perro apaleado.

Había llegado al límite de pedir a Colibrí un poco de maquillaje para tapar las ojeras de yonqui que se habían instalado ese día debajo de mis ojos.

—¡Haydeeeeeeeen! —berreó Janice desde detrás de Abeline.

El pajarillo se lanzó a mis brazos emitiendo aquella risa dorada y despreocupada. La niña era tan bajita que parecía que le había salido un chichón al suelo, y esa manía de revolotear a mi alrededor la convertía en una irremediable copia de Kaiser. Y como cualquier pajarillo, ansió que la cogiera en brazos y la impulsara hacia el cielo para hacerla volar. Al atraparla de nuevo deposité un beso en su frente y la abracé, con todo el cariño que pude expresar sin que pareciera sobreactuado.

—Hola, Jany. ¿Qué tal te ha ido en el cole? —pregunté por pura trivialidad.

—¡Bien! —Se atusó la fresca y volátil falda de color azul marino—. ¿Sabes qué? El viernes tenemos que disfrazarnos, ¡incluso los profes! Y luego van a repartirnos golosinas. ¿Vendrás a verme?

—Uhhh... Tal vez —respondí con desinterés, entrando al intestino de la vivienda. Lo cierto era que no tenía ningún interés en ir al colegio de Janice y que empezaran a hacerme preguntas. Y creo que tampoco tenía derecho a ello si ya iban a ir sus padres a verla.

—Pero... ¿es un «tal vez» que da la posibilidad de que sí? ¿O es un «tal vez» para que me calle?

—Es un «tal vez» que da la posibilidad de que te calles — contesté con una risita apagada, cobijando a la niña con el brazo como un ave lo haría con el ala.

Por suerte, la conversación se vio aplazada por la necesidad de poner la mesa. Janice bailoteó de acá para allá llevando los cubiertos de uno en uno y demás estupideces, mientras yo insistía a Abbeline en que se sentara y dejara que nosotros nos ocupáramos de todo por una vez. Entre paseo y paseo, la sopa alcanzó su máximo apogeo y comenzó a llenar la cocina de un olor cálido y entrañable que haría salivar hasta a las abejas.

—Brandon, ¿no te da vergüenza estar ahí sentado mientras tus nietos ponen la mesa? Ven a ayudarme, Dios mío.

—Espera un momento, mujer, que estoy viendo las noticias.

Abbeline soltó un suspiro y removió la sopa del puchero.

—Ojalá me muera yo antes que tú. Entonces verías lo pesado que es ocuparse de cocinar, y de servir, y de fregar, y... —No tardó en darse cuenta de que el viejo no la estaba escuchando, sino que estaba encendiéndose un puro y recostándose con toda la parsimonia del mundo—. Aunque, claro, cómo vas a durar tú más que yo, si fumas como un minero irlandés.

Brandon no pareció molestarse en absoluto por la apelación. De hecho, me invitó a un par de caladas cuando Abbe no miraba. «La elegancia de un hombre se mide en la calidad de lo que fuma, en la marca que bebe y en las promesas que cumple», solía decir. El humo suntuoso rozó mi corteza cerebral, pero no tuve tiempo de hacerme el elegante por más tiempo porque entre comentarios mordaces y peticiones amables, habíamos acabado rápidamente sentados alrededor de la mesa. Aquel minúsculo círculo de codos pegados (donde apenas cabía el puchero y todos los comensales podíamos vernos la cara de forma equitativa) resultó ser un incómodo error, especialmente teniendo en cuenta que pronto salió la

maldita preguntita y tuve que pasarme el resto de la comida cabizbajo:

—Hayden, ¿estás seguro que no quieres venirte a vivir con nosotros? —Abbeline dejó la cuchara en el plato—. Es que te veo tan hambriento, y con el cuerpo hecho todo pellejo... Y yo comprendo que la vida del estudiante emancipado es dura y que hay que ajustarse el cinturón de vez en cuando... pero con nosotros no te faltaría nunca un plato de comida en la mesa. Te dejaríamos hacer prácticamente lo que quisieras, incluso te daríamos una pequeña paga. Además, estoy segura de que es lo que tus padres hubiesen querido.

Me fascinaba la inocencia en la que vivía mi abuela, creyendo que estaba envuelto en la heroica aventura de estudiar Bellas Artes por el día y salir con mis amigos sanamente por la noche, mientras la dura realidad monetaria me iba confiriendo experiencias que harían de mí un hombre bueno e independiente.

—No, perdona. Ellos habrían preferido que me pudriera en la calle. Si no, no me habrían echado, los cabrones.

—¡Hayden! ¡No hables así de ellos! —espetó Brandon de inmediato, dirigiendo una mirada a la pequeña Janice.

Ella, por su parte, parecía envuelta en un aura de curiosidad y nos miraba todo el rato con esos ojos de lechuza, sin sentirse en absoluto ofendida. En este momento parecía preocuparse más de mi airoso modo de expresarme que de salvaguardar el honor de sus padres. ¿Un adulto podía decir esas cosas delante de otros? ¡Qué interesante!

—De cualquier manera, sabéis que estoy mejor solo, trabajando y pagando mi alquiler. No es justo que me convierta en una carga para vosotros, sin aportar nada y gastándomelo todo.

—Sabes que no eres una carga. Nosotros estaríamos encantados de...

—Que no, abuela, joder —corté agrio.

No estaba de humor para mantener una negativa con educación, pues me palpitaba la cabeza grotescamente y la resaca me producía mareos al quedarme mucho tiempo mirando el plato. Encima de vez en cuando estornudaba y se me caía el moco, por no hablar de la inminente necesidad que tenía de fumar un cigarro en este preciso instante.

Entonces rompí el silencio para comentar lo buena que estaba la sopa o algo igual de superficial, que careció de importancia para todos pero que sirvió para relajar el ambiente.

Finalmente, la anciana se largó a la cocina a fregar contra toda protesta, por lo que acabé quedándome solo con Brandon en el salón. También estaba Janice con nosotros, pero había dejado de tener conciencia individual en cuanto echaron por la tele sus dibujos animados favoritos: *Brandy* y *Mr. Whiskers*.

—¿Y qué tal os fue en el musical?

—Muy bien, hijo, fue muy bonito. Tu abuela se puso a llorar de la emoción, y fíjate tú lo difícil que es conseguir que tu abuela llore. Es una mujer fuerte.

No comenté nada al respecto, pero yo había visto llorar muchas veces a Abbeline. Y era bastante duro teniendo en cuenta que siempre era por culpa de mi relación con mis padres.

—¿Sí? ¿Cuál me dijisteis que visteis?

—Los... ¿misericordiosos? —respondió intentando hacer memoria.

—*Les Misérables* —supuse.

—Sí, sí. Eso. Es que yo para los nombres...

—Joder, abuelo. Vaya memoria. Si fue el otro día...

—Ay, jovencito. Yo solo me acuerdo de las cosas antiguas. De lo de ayer ya...

—Bueno, pero eso es lo importante. Que de las cosas que hiciste ayer puede acordarse cualquiera.

Apenas fui consciente de cuándo mi mano se había posado en la suya, tocando su piel cálida y arrugada como un capullo de mariposa. De hecho, no era muy distinto: frágil y resquebrajado por fuera, potente y dorado por dentro.

—Siempre sabes qué decir en los momentos adecuados, Hayden.

Nos quedamos en silencio. Así. Muy quietos. Entrecruzando las miradas cargadas de experiencias silenciosas. Dos puntos de vista: el de un joven demasiado maduro y el de un viejo demasiado tierno. La franja horaria era inmensa y aun así habíamos encontrado el país en el que coincidir.

Fuera, la lluvia le propuso una pequeña tregua a Londres.

—Cuéntame esa historia que te conté aquella vez, que se me ha olvidado... ¿Te acuerdas? La de las margaritas. Necesito escucharla.

—No se te ha olvidado. Lo que pasa es que no lo recuerdas —contesté.

Recordar, a diferencia de olvidar, es voluntario. Y yo sabía perfectamente que mi abuelo se acordaba de ella y de hasta los más ínfimos detalles, pero quizás lo único que quisiera era oírla por primera vez desde otra boca. Sentirse un crío de nuevo y fingir que no sabía lo que iba a pasar. Y quizás no lo quisiera saber.

—Te enamoraste de una chica cuando estabas viajando por Escocia. Brittany, creo que se llamaba.

—Brianna —corrigió. Sonreí.

—Brianna. Te pasaste todo el verano allí solo por ella, ya que tu plan inicial era quedarte únicamente la primera quincena de agosto. Te hizo cambiar de opinión, por lo que al final tuviste que vivir en un granero durante dos duros meses con la cartera en números rojos. Al final conseguiste quedar con ella; una dulce escocesa pelirroja y llena de pecas que de vez

en cuando tenía la osadía de levantarse la falda de cuadros para ti. Tendríais quizás... trece, ¿catorce años?

Brandon asintió y soltó una risita.

—A pesar de eso, Brianna era una niña caprichosa que iba por ahí de perdonavidas y de potrilla ingenua, que más de una vez te dejó tirado o correspondió a tus confesiones con una contestación desconsiderada. Aquel día te citaste con ella en los campos verdes de su granja, muchos metros lejos de las miradas indiscretas de sus padres. Allí arrancaste una margarita y le fuiste quitando los pétalos con el clásico «me quiere, no me quiere», con un resultado positivo para ti.

Mi abuelo se había quedado quieto y callado como si fuera un dibujo. Continué.

—Luego te dijo... «Una estúpida flor no va a conseguir nunca que yo te quiera». Y tú te grabaste a fuego esas palabras y la dejaste allí tirada, con cara de perdida y creyendo que no volvería a verte nunca más. —Respiré hondo—. Pero al día siguiente Brianna se despertó y abrió su ventana como todos los días. Justo debajo, en el patio de su granja estabas tú, y habías dibujado su inmenso retrato en el suelo a base de pétalos de margaritas y otras flores.

—Ah, ¡sí, sí! Qué obra maestra hice. ¡Qué perfección! —saltó de repente mi abuelo, emocionado—. Debe ser que esto de dibujar nos viene de familia, Hayden. Tenías que haberlo visto; ojalá existieran cámaras de fotos en aquella época. Toda la noche, estuve haciéndolo. Luchando contra el viento que iba arrastrando mi trabajo poco a poco, pasándome horas recolectando flores. ¿Y entonces qué dije? ¿Qué dije?

—Que, si una margarita no la enamoraba, mil lo deberían hacer.

—Sí... ¡Eso! Y ella sonrió; la vi derretirse como la dama sensiblera y dantesca que soñaba ser y la convertí por fin en mi adorada discípula. Habría sido una historia de amor eter-

na y leal... de no ser porque sus padres me encontraron allí con todo el espectáculo montado y me echaron de sus terrenos a escopetazo limpio. Muy dramático, sí señor. Pero de no ser por eso, jamás habría conocido a mi querida Abbe.

—Sí, abuelo. Tú arréglalo ahora, pero vaya fantasía que guardas en la cabeza sin que la abuela lo sepa.

—¿Qué fantasía? Ya te he dicho que ya no me acuerdo de esa historia... —Brandon sonrió y se llevó el dedo a los labios para pedir silencio. Yo terminé por bufar y le guardé el secreto de buena gana, ojeando el reloj del salón y fijándome en mi hermana.

—Janice, ve recogiendo. Tengo que llevarte a casa antes de que llegue tu profe de piano.

Mientras la niña hacía un esfuerzo sobrehumano por ir despegándose de la pantalla, yo me dirigí a la cocina para despedirme de mi abuela y agradecerle la comida.

Pero entonces me encontré en silencio. Completamente solo dentro de aquella habitación pequeña y centenaria. Sobre la mesa estaba el bolso de la abuela Abbe, y desde su interior me guiñaba el ojo su monedero. La piojosa y ponzoñosa necesidad económica me agujijoneó las entrañas hasta que me decidí a avanzar un par de pasos, abriendo el bolso con rapidez y capturando una presa de cincuenta libras entre mis garras. Apenas estaba suspirando del placer cuando una voz quejumbrosa interrumpió mi crimen como una descarga eléctrica.

No sabía si había llegado a tiempo de soltar el monedero sin que la anciana de ojos azules que acababa de entrar comprendiera mis acciones.

Y me miró. Y la miré. Y lo supo. Y lo supe.

—Hayden, cariño, pásame el monedero que tienes a tu lado —murmuró con voz neutral, firme.

Casi temiendo su reacción, pero sin dejar que la vergüenza me domara, hice lo que me pidió y permanecí a la espera. Abbeline fue directamente al bolsillo de los billetes y ojeó su contenido, sentenciadora. Tras unos segundos de obvedad y tensión, la anciana sacó cincuenta libras más y me las tendió con el rostro impasible, contra todo pronóstico esperado.

No las cogí. Bastante tenía ya con este sentimiento de suciedad que me había arrinconado.

—Tómalo, Hayden. Lo legal es más fácil, pero también más meritorio.

—Siempre has sido una persona noble, abuela. A veces demasiado —respondí tras una pausa.

—Para eso está la decencia. Para acoger y perdonar lo que no es decente.

No hicieron falta más palabras y tomé los billetes con ardiente deseo, sin descuidar en ningún momento el extraordinario respeto que tenía por aquella masa de arrugas y años. No había letras suficientes para expresar este extraño sentimiento de agradecimiento familiar, pero tampoco fueron necesarias.

—Prométeme que harás lo posible por reconciliarte con tus padres.

—Lo prometo —respondí con sequedad. Luego me di la vuelta y me dirigí hacia la puerta, saboreando bizarramente la enorme cantidad de dinero que tenía ahora en el bolsillo. Lo único que quería era largarme de ahí y dejar de sentirme como la mayor mierda del planeta para poder disfrutar de mi tesoro.

—¡Janice, nos vamos! —Mi hermanita bajó corriendo las escaleras y se agarró a mi mano como un vendaval. Sentía la mirada serena de Abbe sobre mi nuca.

—¡Adiós, abuelos! —gritó la niña.

—Adiós, hijos. Nos vemos la semana que viene.

Tiré de Janice sin dirigirles la vista y me dispuse a enfrentarme al frío cortante que se había adueñado de Londres. Antes de proseguir me aseguré de que la niña tuviera bien abrochada la chaqueta y, finalmente, emprendimos el paso hasta dejar Sussex Gardens devorada por la esquina.

—Bueno, Hayden, pues tengo que decidir de qué disfrazarme, ¿sabes?

—Uhm... Bueno. ¿Y de qué tenías pensado? —pregunté fingiendo interés y abriendo el paraguas rosa que traía. El cielo había empezado a llover de nuevo.

—De alguna princesa Disney. Había pensado en disfrazarme de Bella, porque me gusta mucho el vestido amarillo, pero por otra parte me gustaría escoger alguna que tuviera corona. Me gustan las coronas.

Habría escupido en el suelo de no ser por la inocente mirada de Janice, porque esta conversación me estaba dando verdadera repulsión. Aun así, me encontraba extrañamente agradecido de hablar de este inusual tema infantil en vez de los temas que me iba a encontrar después, cuando volviera al Leviathan.

—¿Y por qué no de Elsa? Con este vaho que nos sale por la boca darías muy bien el pego.

Tenía una visión bastante diferente a la que solía portar: agarrando a mi hermanita de la mano y pegándola a mí en los pasos de cebra, cuidando que no pisara demasiado los charcos para no llevarme una bronca de sus padres; ambos refugiados bajo un insignificante paraguas de Barbie que mojaba más que secaba y hablando fervientemente de princesas Disney.

—Elsa también me gusta, pero no tiene un vestido muy guay, que digamos. Y es una hija de puta.

—Oye, tú. No digas palabrotas —repliqué—. Y búscate otra persona a la que imitar, que yo no soy buen ejemplo.

—Tú dices palabrotas.

—Yo las digo porque no tengo a nadie que me diga: “Oye, no digas palabrotas”.

—¿Y te habría gustado tenerlo?

Tras quedarme un momento pensativo, respondí:

—No, creo que no. Las palabrotas son muy expresivas. Hagamos una cosa, ¿vale? Tienes que decir todas las palabrotas que quieras, pero acuérdate de que ni papá, ni mamá ni los abuelos deben oírte.

—¡Genial! ¿Me enseñarás palabrotas, entonces? —rogó con los ojillos brillantes.

—Claro. Apunta los deberes: hijo de puta, coño, *knobhead*, *slapper*, *pillock*, *slut*, *twat*, *cunt*... Eh, no. Borra esa última —pedí arrepentido.

Janice se echó a reír exageradamente y grabó bien todas en su cerebro, aunque no supiera qué significaban.

—Vale, bueno. ¿Y qué hago con el vestido de Elsa?

—¿Sabes? Las princesas de verdad son las que llevan armadura —respondí entonces, sin saber muy bien por qué.

Janice se me quedó mirando largo rato sin entender, hasta que por fin divisamos el chalet donde vivía a un par de metros. No quise acercarme más. Sabía que sus padres estarían ahora mismo mirándome celosamente detrás de la cortina.

Estuvo a punto de salir corriendo hacia el rellano cuando se acordó de volver para darme un alocado beso en la mejilla.

—Creo que ya lo he entendido. ¡Me disfrazaré de Mulán!

La niña se giró para marcharse otra vez, dándose cuenta de algo en el último momento y parándose a tenderme el diminuto paraguas.

—¡Quédatelo, *slapper!* ¡No quiero que pilles un resfriado! —gritó a medio camino de vuelta, dejándome varado frente al chalet bajo la protección de Barbie.

«¿Me ha llamado *slapper?*». Me quedé un rato más allí quieto, con una estúpida sonrisa dibujada en los labios y despreciando la lluvia gracias al paraguas rosa que tanto desentonaba conmigo. Sí. Mulán era la clave. Mulán había sido creada para que Janice comprendiera mi frase y se disfrazara de ella, y eso me hacía sentir jodidamente orgulloso de mi hermana. Y de Mulán.

De repente, una idea traviesa y malévola atacó mi mente justo antes de que decidiera marcharme. Los sugerentes billetes que tenía en el bolsillo habían despertado en mí un sentimiento de avaricia y venganza secreta que ya creía controlados, así que, mirando a ambos lados de la calle, di un rodeo a la manzana para poder acceder a la casa de Janice sin ser visto. No fue demasiado difícil saltarse la verja de la parte trasera y caminar por el jardín sigilosamente, donde comprobé que la antigua caseta de Kaiser seguía allí para que el supuesto perro perdido pudiera volver. Seguro que aquello era un capricho de Janice, la única que no sabía que yo me lo había llevado conmigo el día que me echaron de casa. Logré llegar hasta la ventana de la sala de invitados con agilidad, escalando por la enredadera y sabiendo que aquella era la única habitación que se podía abrir desde fuera con un poco de maña.

De repente me vi privado del frío y del viento, dentro de una casa que en algún momento fue mía y que ahora estaba habitada solo por dos adultos entrometidos y por una niña ignorante.

La habitación estaba completamente callada y a oscuras, como si la luz se hubiera aliado conmigo para fingir que no estaba usurpando su territorio. Las cortinas creando penumbra parecían anunciar alguna clase de luto, y los únicos ras-

tros de humanidad que había eran las fotos enmarcadas del aparador. Me permití ser atrapado por las decenas de rostros congelados, descoloridos. Solo por un momento.

Se notaba que hacía tiempo que nadie se paraba a mirarlás. Quizás por eso estuvieran cogiendo polvo.

Con el sigilo de un gato (y el augurio de uno negro) hice honor a mi apodo y desvalijé en completo silencio todos los cajones donde recordaba que podía haber dinero, juntando entre mis piratescas garras un botín que podría superar las doscientas libras. Luego me deslicé hacia el exterior con cara de villano de película, escuchando el piano de Janice en la planta baja y las órdenes de mamá desde el baño. Digo, de su madre.

Y me encontré de nuevo en la calle. Con mi resfriado volviéndose cada vez más péfido y la sensación de haber ganado la lotería ridículamente.

Conseguir dinero era el *leitmotiv* de mi vida. Mantener mi alquiler, mi luz parpadeante, mi ordenador, mis materiales de dibujo y mis puntuales narcóticos necesitaban una base económica estable que no solo Leona podía mantener, y los ardides para conseguirlo eran, cuanto menos, artísticos. En algún momento de mi vida, cuando el dinero se hubiera convertido en una de esas cosas que acumulas en el banco sin preocupaciones, devolvería cada céntimo robado a mi familia. O al menos a mis abuelos. El resto quizás se lo devolviera a Janice cuando ya fuera una adolescente con acné y medianamente responsable.

Y nada por aquí... nada por allá... ¡Bingo! Ningún policía o vecino figón parecía haber decidido pasear cerca de mi pequeño crimen, así que me encontraba una vez más airoso y triunfante como un Robin Hood escapando al galope. Pero con unos objetivos un poco más malvados. Recogí mi paraguas de Barbie y me alejé silbando.

